

Ercole Lissardi

EL ENIGMA MEDUSINA

No puedo escribir. Es un hecho. Por más que las circunstancias sean ideales, no salta la chispa. La mente tan ágil como un bloque de granito. Sabía que existe esto, pero nunca lo había experimentado. Era algo que les pasaba a los otros, no a mí. Y sin embargo, aquí está: por más que reine el silencio y que nada me perturbe, por más rato que pase frente a la hoja o a la pantalla en blanco, no sale nada, nada comienza, no escribo.

He pensado que sea algo circunstancial y no me he presionado. He dejado pasar los días, las semanas, los meses, buscando distraerme, pensando en otra cosa, leyendo. Aunque en realidad tampoco puedo leer. La vista me resbala por sobre las líneas, los párrafos, las páginas, hasta que comprendo que no he retenido nada de lo leído. No es algo circunstancial. Está aquí para quedarse. Es inútil: escribir, ya no puedo.

He terminado, pues, por asumir que se acabó, que se secó la fuente de mi escritura. Mi carrera literaria terminó antes de llegar a la mitad del camino de la vida, allí donde para otros, como Lissardi, la carrera recién comenzó. Me he instalado en esta idea, la he dejado invadirme, calarme. La he dejado apoderarse del centro de mi existencia. Antes el centro de mi existencia era escribir, poder escribir. Ahora el centro de mi existencia es no escribir, no poder escribir.

El problema es que, si poder escribir me hacía sentir fuerte y seguro, y me hacía sentir que el mundo era deseable, precisamente porque podía conquistarlo a través de la escritura, no poder escribir es algo que avanza por mi cuerpo como un cáncer, y me hace sentir vacío, y me hace ver el mundo como el infierno triste y lamentable que realmente es. Esta conciencia sufriente, progresiva e irreversible, es insoportable.

No soy yo el que descubrió que, cuando falta lo esencial, todo lo demás pierde su sabor y su sentido. Se acaban los deseos, los placeres, y las ilusiones. Y todo lo que nos parecía digno de sacrificio y de elogio de pronto nos resulta indiferente. Nada vale ya la pena. Nada calienta el alma. Nada resulta motor suficiente para el entusiasmo. A todo lo que se puede aspirar es a la serenidad de las piedras.

Supongo que esto es lo que le pasa, en realidad, a todos los que viven para algo en lo que invierten todo su ser, absolutamente todo su ser, sin reservas: cuando de pronto ya no pueden hacerlo la vida pierde todo sentido. Sólo los fuertes sobreviven. Sobreviven sobrevolando el

vacío hasta llegar a hacer pie en otra cosa a la que puedan entregarse completamente, que es lo que saben hacer, que es como saben vivir.

Bien. Yo soy de los que sobreviven. Tengo que dar vuelta la página. Ya. Antes de que la náusea me asfixie. Quizá, a la larga, resulte que, efectivamente, el bloqueo era algo circunstancial. Entonces podré volver a escribir con la energía intacta, porque no habré permitido que la ansiedad y el vacío me destruyeran. Y este no escribir habrá resultado ser un interludio, una especie de preparación para ingresar en una fase superior de mi obra.

Pero ¿a qué otra cosa podría entregarme tan completamente como me he entregado a la escritura? En primer lugar, tiene que ser algo que pueda hacer solo. Soy, o era, un escritor, y por consiguiente, no sólo un bicho solitario, sino también alguien intrínsecamente incapaz de trabajar en equipo. En segundo lugar, tiene que ser algo que no me lleve demasiado aprendizaje. Tengo que pasar a otra cosa rápido, antes de que me chupe el vacío.

La respuesta me vino a la mente sin mayor esfuerzo: debería dedicarme a la fotografía. La fotografía en tanto arte es, por supuesto, un arte individual. Y la tecnología digital hace de tomar una foto algo tan sencillo técnicamente como teclear en un note-book o hablar por teléfono. Por lo demás la fotografía siempre me atrajo. He pasado incontables horas de delicia sumergido en la contemplación de libros de fotos.

Compré una Nikon Coolpix L320, un juguete, poco más que una cámara para turista. La idea es tocar sus límites. Pasar a algo mejor cuando me resulte insuficiente para expresarme. Invertí largas horas estudiando el instructivo. Fotografié después cosas pequeñas, contraluces, cosas en movimiento, y en semi penumbras, y adopté el axioma según el cual, en fotografía, de lo que se trata es de mostrar adecuadamente lo que haya de interesante para ver.

¿Y qué puede resultarle interesante para ver a un escritor de erótica, con o sin crisis de escritura? ¡Bonito desafío! Trasladar mi mirada erótica de un medio al otro... El desafío copó de inmediato toda mi actividad mental. Con esto tendré para entretenerme durante el lapso de tiempo que me dure el apagón. Aquella noche, por primera vez en meses, me acosté a dormir con una sonrisa en los labios y dormí de corrido mis ocho horas.

¿Existe quien se niegue categóricamente a ser el objeto de la curiosidad de una cámara de fotos? El desafío es verse no como uno cree que es sino como nos ve una mirada supuestamente experta. Se niega a intentarlo el que se siente incapaz del desafío. Pero pocos

son los que, aun contra toda evidencia, no estén secretamente convencidos de su belleza, o al menos de su guapura. Y aun ese resto se deja seducir por una promesa.

Como sabemos, por lo menos desde Hume en adelante, la belleza está en el ojo del observador. Pero para poder atrapar en píxeles la belleza que el ojo desnudo nos revela, hay que estar amparado por la magia del arte. Supe hacer deseables a féminas improbables, evocándolas a puro garabato sobre papel en blanco ¿por qué ahora, por medio de la fotografía –quizá más cercana a la mirada desnuda–, no podría lograr otro tanto?

Desnuda de la cintura para abajo, sentada en posición de loto sobre la cama, mirándose la entrepierna, Maja juega con su calva vulva. Clic. Recorre con la yema del índice los labios exteriores, luego los interiores. Clic. La vulva boquea, babea y brilla como nácar, ávida. Esta especie de cara a cara de Maja con su vulva tiene todo de simiesco –clic–, pero Maja dice, filosófica: “Ninguna otra parte del cuerpo se presta tanto para...”.

No completa la idea. Olvida lo que estaba diciendo al deslizar el dedo dentro. No todo el dedo. Sólo la primera falange... pero luego también la segunda. Clic. Sorbe ruidosamente saliva. Dice: “Mierda. Estoy...” . Pero la acomete un fuerte suspiro, y no completa la idea. Desaloja al intruso, lo mira como extrañada, lo huele, lo chupa. Clic. Me mira –mira al lente de la cámara– con mirada lánguida. Clic. Abre la boca como para decir algo, pero no dice nada.

Ve que mi erección empuja, impaciente, contra la tela del pantalón. Libero al energúmeno. Maja traga saliva y se acerca despacito. Retira el prepucio y recoge con la punta de la lengua la gota de lubricante. Clic. A Maja le importa tres pepinos si mientras coge suena el gatillo de una cámara. Sabe que la proliferación de las imágenes se ha vuelto infinita y que a nadie le importa quién esté en la próxima imagen chupando pija.

De Roberto acostumbro decir que es mi hermano. Él dice lo mismo de mí. Estamos en la Biblioteca del Poli. Maja lo provoca. Como si yo no estuviera allí. Se queda mirándolo. Chupetea la birome. Habla claro. Roberto trata de concentrarse en la lectura, pero no puede. Me mira. Sus ojos me preguntan qué debe hacer. ¿Me importa? No. No me importa. ¿Por qué habría de importarme? Me encojo de hombros. Sonríe.

Se para y rumbea hacia los baños. En los baños de la biblioteca se puede coger. Es una especie de pacto. Las bibliotecarias lo saben y callan. A cambio en la biblioteca no hay bardo. Maja me dice, de puro sonsa: “Voy al baño...” . Clic alejándose entre las mesas de lectura. ¿Con eso me

conformo? No. Me apersono en el lugar de los hechos. Me tiendo en el piso oloroso a orines y, por debajo de la puerta, fotografío sus pies. La coge de parado, por detrás.

Regreso a la mesa. Miro la foto. No me gusta. Se ve artificiosamente perversa. Como de campaña de Benetton. Coger en baños públicos. A la apurada. Por falta de dinero, o de tiempo, o por morbo. Slogan: la vida es una aventura terrible en la que es muy, pero muy difícil *caer* siempre parado. También está el que coge de parado con su legítima esposa, en su propio dormitorio, junto al lecho conyugal. Yo mismo lo hacía.

Cuando mi ex-mujer regresaba tarde de noche —no le faltaban excusas buenas, de trabajo- yo salía de la cama y sin mediar palabra, sin dejarla desvestirse, la inclinaba hacia adelante, le bajaba los calzones y le daba por detrás. Era mi manera de decirle sin palabras que sospechaba de su fidelidad y que la despreciaba. Quizá era injusto y grosero, pero el chiste es que le encantaba que la tratara como a una puta y se acababa enseguida.

Y a mí me encantaba saberla, o imaginarla, puta de alma, y le soltaba polvos inocultablemente gozosos. Ambos fantaseábamos, y gozábamos, pero no nos lo decíamos. Nos aferrábamos a la ficción de una supuesta normalidad matrimonial. Nuestros fantaseos secretos nos autorizaban a ambos a vivir las vidas imaginarias o reales que se nos antojaran. Lo único que estaba mal en todo esto, obviamente, era no decirlo. Seguir encerrados cada uno en sus falsos pudores.

Maja pregunta, otra vez filosófica, contando con los dedos las preguntas, como para no olvidar ninguna: “Qué es más fuerte para vos: ¿el mero hecho de tenerla clavada? ¿o cuando das bomba? —clic- ¿o cuando acabás?”. Demasiado para mí. Realmente no sé qué decirle. Sonríe. “No sabés...”, adivina. “¿Para vos?”, pregunto. No necesita pensarlo: “Sentirla clavada”. No le pregunto por qué. “No sé por qué”, dice, “pero es lo más fuerte”.

“Todo el tiempo que no la tengo dentro me va aumentando la ansiedad. Y entonces, cuando la tengo... es muy fuerte... me vuela la cabeza. Puedo acabar de sólo tenerla dentro... inclusive de sólo tenerla en la boca...”. Ojitos soñadores. Clic. “¿Es más fuerte si es una pija nueva?”. “No, nada que ver. Es sólo sentirme empalada, llena de verga, abierta... el tiempo se detiene... colapsa” concluye, inspirada. “¿Colapsa?” pregunto riéndome. “Colapsa” me asegura.

Roberto dice que Maja sólo le concede polvitos furtivos, una mamada en el auto, un quickie en un baño público o en algún rincón oscuro. “Quedo mal, como a medio polvo, con la pija dura... nervioso. Salto con cualquier cosa. No me puedo concentrar en nada”. “¿La ves seguido?” le

pregunto. “Nunca se niega. Siempre hay un minutito, como dice ella”. “¿Y por qué en la cama no?”. “No lo sé. ¿Vos sabés?” “No. Conmigo no es así”.

Roberto toma mi cámara, me encuadra, dispara. “A lo mejor se imagina que te enojarías si va conmigo a la cama” dice. “Es capaz”. “Decile que no te enojás”. “Bueno”. “Dale”. “¿Ahora?”. “¿Por qué no?”. La llamo y se lo digo. Me pregunta si estoy seguro. Le digo que sí. “Bueno”, dice, y corta. Comprendo que eso quería Maja, que yo supiera que ella hace no lo que ella quiere sino lo que yo quiero. Me consta que de su sumisión no espera nada concreto.

No soporto argumentos ni explicaciones, mucho menos discusiones. Soy ciudadano de un país en el que se acostumbra decir cualquier cosa en la seguridad de que nadie oye nada, de que a nadie en realidad le importa nada y que todo se lo lleva el viento. El alma humana es el mayor de los misterios. Se entusiasma y se regocija con cualquier mierda. Tomemos por ejemplo mi relación con Giovanna, Gio, mi bestia negra. ¿Cómo es posible que la siga viendo?

Anoche, por ejemplo, la tuve en casa. Una vez más negociar con ella un polvo me resultó abyecto hasta el absurdo. Tanto que me olvidé de las fotos, que eran la razón por la cual. Que sí, que no, que no soporta traicionar a su fulano. “Y no me digas que te vas a casar conmigo...”, brama finalmente, como si alguna vez se lo hubiera prometido. Después se desnuda como resignada, como si no le quedara más remedio ¡Y no la encuentro para nada atractiva!

No quiero verla más. ¿Qué es lo que me calienta, al fin y al cabo? Que finja entregarse contra su voluntad. Como si no tuviera alternativa, como si seguir negándose implicara tragedias espantosas. Una mujer honesta arrastrada al deshonor. Se echa panza arriba y se abre de piernas. Tan falta de gracia que resulta obscena. Por un pelito nomás no es gorda. Cierra los ojos para no ser testigo de la humillación a la que voy a someterla.

Le doy a lo bestia. Lloriquea un poco, pero suspira de gusto. De pronto se pone a hacer fuerza, como si estuviera seca de vientre, y gruñe un orgasmo apretado, forzado, como expulsado contra su voluntad. Esta era la puta foto. Ese clic hubiera justificado todo. Pero no tenía la cámara a mano. Con su repugnante teatrillo consiguió distraerme de mi verdadero objetivo. Retoza, suspira aliviada, como si hubiera expulsado quién sabe qué de sus adentros

Abraza sus rodillas, coqueta, para abrirse bien abierta. Está loca si cree que me va a garronear otro polvo. Otro polvo suyo, se entiende. Porque yo no acabé. Me mira intensamente –según ella. Separa cuanto puede las rodillas, convencida de que sus abultados encantos son mi

tentación irresistible. Pero no, nada. Yo, quietazo. Sólo pienso en salir de aquello. Entonces comprende, estoy seguro, el asco que me da. A partir de ese momento es la guerra.

Quiere mi leche, si o si, quiere vencerme. Demostrarme cuánto la deseo. Rápida como un hipopótamo en celo se lanza sobre mi vientre, engulle la verga y le aplica todo su poder de succión. La tomo del pelo para arrancármela de encima, pero cree que mi tironeo es un mimo sádico, o una pasión desenfrenada. Con la frente martilla sobre mi vientre. A punto estoy de darle un puñetazo en la sien cuando me muerde la base del tallo y acabo.

Despierto con náuseas, haciendo arcadas, al borde del vómito. Le retiro la sábana de encima. Los hombros rechonchos. La piel grasa y pecosa. La verruga debajo del omóplato. El valle profundo a lo largo de la columna. Las nalgas macizas. Clic, clic, clic, clic. Con flash y sin flash. Más cerca y más lejos. Mil disparos, como el fotógrafo forense abismado en su occisa. Alguna de las fotos captará, quizá, lo que quisiera expresar.

Por suerte no se despierta. En lo más abyecto de la negociación hasta le prometí desayunar con ella. Huyo de mi apartamento. Me baño en el club. Para que el ascensor no la despierte, bajo por la escalera. Soy de tomar riesgos. No le tengo miedo a nada. El que no tiene nada, no tiene nada que perder. Así me digo, optimista, al caer de pronto en la primera luz y en el frescor del alba.

La foto de Maja sentada en su cama, desnuda, posición de loto, mirando al lente de la cámara, me gusta. Tiene el pelo suelto, le tapa los ojos, resalta su boca risueña. Su otra boca, abajo, semiabierta, es del mismo rosa. Dan ganas de alternar delicadamente poniéndosela un poco en una boca y luego en la otra. Lo hago. Me deja hacer. Le encanta el jueguito repetitivo. De pronto un rubor intenso le gana la cara. “Si, si” suspira, derrotada.

Se me ocurre fotografiar a un tipo con la verga erecta y mostrando su gran lengua. Tendría que ser una lengua verdaderamente larga, obscena. “Modelo hombre, para foto desnudo, lengua excepcionalmente larga. Enviar foto”. Varios prospectos responden. Uno de ellos tiene una lengua impresionante. Difícil imaginar cómo hace para hablar sin mordérsela. O cómo hace para comer sin mordérsela. Es violácea, como la de un muerto. O como la de una jirafa.

Nunca visto: puede lamerse los pezones. Pero también la verga del fulano es un portento. “Puedo lamérmela, y puedo enroscarla con la lengua y masturbarme, pero es otro precio”. Rechacé la oferta. No era mi tema. Ahora bien: si lo fotografiaba con la lengua afuera y la verga

flácida, ambas apuntando hacia abajo, dados los tamaños, el efecto era cómico. Con la verga flácida y la punta de la lengua tocándole la frente, también resultaba cómico.

Con la verga erecta y la lengua apuntando hacia abajo obviamente parecía como si quisiera lamérsela. Pero el máximo de comicidad era con la verga erecta y la lengua erecta. Parecía como si un gran imán jalara de ambos apéndices hacia arriba. Los efectos graciosos a la vez se multiplicaban si sus pupilas acompañaban la dirección en que apuntaban sus apéndices. Fotografié las cuatro opciones. Erotismo cómico. *Candy* es la mejor novela de erotismo cómico.

Cuando terminamos el superdotado me preguntó si quería que acabara. “¿Es otro precio?”. “No, es una yapa. No me sirve volver a casa con mercadería”. Lo hizo en la pileta del baño. Buena foto. Disparé cuando dijo “Va”. Milagrosamente, pese a la camarita de juguete, ahí está el fantasmito, atrapado en pleno vuelo. “Buena toma para un aficionado” dijo cuando terminó de expresarse. Simpático, y generoso, pero cuando se fue no lo saludé de mano.

No pretendo innovar. Sólo quiero pasar sin angustiarme este rato en que no puedo escribir. Se me ocurre una foto que haga juego con la de Maja. Para esa Roberto me parece el modelo ideal, por supuesto. Le mostré la foto de Maja y le expliqué mi idea. Ningún problema. Lo senté -con sólo medias y camiseta- en posición de loto pero sobre la mesa de la cocina. Me sorprendió lo rápido que erectó el muy pícaro.

“Sólo tengo que pensar que es una foto para Maja”, me explicó, confianzudo. Pero cuando sacó la lengua lo hizo como si estuviera burlándose. Acto fallido. Le expliqué que tenía que sacarla como si fuera a lamer a Maja. Entonces la lengua se le ensanchó, abarcadora, y la punta le vibraba de pura ansiedad. Perfecta la foto, toda ingenuidad y delicadeza. Una foto muy posada para acompañar una foto muy espontánea. Así es el arte. ¿O no?

Bañándonos en el club siempre me impresionó la cosa viril, aunque dulzona e inofensiva, que emana del cuerpo de Roberto, especialmente de su vientre. Quizá es por sus formas suaves, su piel rosada, sus pendejos rojizos, su verga regordeta, con algo de inofensivo, de animalito juguetón. Imaginé el tipo de avidez que despierta su desnudez en las mujeres. El hombre-niño. Con una mamada lenta y acariciante se lo pone a dormir.

Compartimos a Maja. Realmente no me importa. Imagino compartirla con otros y siento un vago rechazo. Con Roberto no. ¿Qué siento hacia Roberto y Maja? Son más jóvenes que yo, me siento protector. ¿Por qué Maja insiste en violarlo? ¿Por qué no se acuesta con él? Quizá

necesitan que los lleve de la mano, los acueste, los tape bien y los arrulle hasta que les vengan ganas de coger. Y entonces: clic, clic, clic. Buena idea.

Llama mi ex. Sin más me confiesa que no siente nada al “hacer el amor” —es su lenguaje— con su actual pareja, que está desesperada, que conmigo siempre sintió, que tenemos que vernos, para estar segura de que no piró, que sigue siendo normal, etc. Alucinante. Una especie de terapia sexual. Como si me hubiera prestado algo que ahora quiere recuperar y que tengo que devolverle. Raquel no miente. Y no sabe qué es el morbo. Tengo que ayudarla.

Vivo pensando en fotografiar. Me he olvidado de la escritura. Se acabó el drama. No va a ser fácil dejar las imágenes y volver a las palabras, si es que eventualmente me considero capaz y se me antoja hacerlo. Aunque no tiene por qué ser lo uno o lo otro. Las dos cabezas pueden convivir. Juntas pero no revueltas. Una para la mañana y la otra para la tarde. Expanded consciousness, como se lo llamaba en los sesentas.

¿Por qué no puedo escribir? ¿Es que ha hecho metástasis la noción, desde siempre larvada en mí, de que el Eros —mi tema excluyente— en realidad no da para tanto, o, más profundamente, de que la peripecia humana en su conjunto, incluida la supervivencia misma de la especie, no da para tanto? ¿Será que sin *creer en cosas*, me resulta imposible escribir? ¿Será que soy incapaz del *mero placer* de imaginar, de narrar, del mero ejercicio del talento?

No puedo escribir pero sí puedo fotografiar... es decir, fotografiar puede cualquiera, lo que digo es que puedo fotografiar convencido de que hay arte en las imágenes que genero. Como que mi impotencia tiene que ver con el medio: no puedo transformar imágenes mentales en garabatos sobre papel, sí puedo transformar realidades en imágenes... Simplificada la ecuación sería así: no puedo imaginar, a secas, ergo no puedo cifrar imaginación en garabatos.

Estoy seguro de que si la imaginación me presionara encontraría la manera de garabatearla. De manera que: no me funciona más la imaginación, no tengo más producción mental de imágenes. ¿Por qué? ¿Disfunción sináptica? ¿O es que ya imaginé lo que podía imaginar? ¿Llegué a mi tope? En ese caso el tema sería retroalimentar, o reconfigurar mi capacidad imaginativa. Pero eso ¿cómo se hace? ¿Nomás viviendo o hay algún secreto?

En este peculiar estado de ánimo, levemente esquizofrénico, concurre a la bizarra cita con Raquel, Lita, mi ex. Considerando lo autocontenida que es, debe de sentirse muy mal para pedir semejante ayuda. A mí, nada menos. Porque la verdad es que, por la razón que fuera,

aun casados siempre nos abstuvimos de ser demasiado confidentes. ¿Puede ser esto una trampa con la que busca reiniciar nuestra relación en otro nivel de intimidad? Buena pregunta.

No ha querido venir a casa, fuimos a un telo. Le pregunto si puedo tomar fotos. Le explico que no estoy pudiendo escribir y que sacar fotos me compensa. Esboza una sonrisa astuta y dice: “Parece que ambos no estamos pudiendo”. Después dice: “Pero que no se me vea la cara”. Se baja el calzón y la pantimedia, se arrodilla sobre la cama y se remanga la falda, ofreciéndome la grupa. Tan pragmática como siempre.

Clic. Siempre me dio ternura el culo de Lita. Parece querer decirme algo. Clic, clic. Lita espera paciente mientras dejo la cámara. Saco la verga. Acaricio la vulva con el glande. Está jugosa. “Siempre estás pronto” dice, con la voz tomada por el deseo. La vulva se le contrae, como la de una yegua que espera para ser servida. Eso es nuevo en ella. “No te saques el pantalón” dice. “Me gusta sentir la tela”. Eso también es nuevo.

No parece estar padeciendo inapetencia sexual. Le deslizo la verga cuerpo adentro. Le dura muy poco. Apenas empiezo a cogerla acaba, soltando los suspiritos de siempre: modulados, elegantes, contenidos. La misma Lita: polvos automáticos, anticlímax total. Me retiro, siento el culo, coloradas las mejillas, agitada la respiración. “Yo sabía” dice, con la firmeza del que ha confirmado lo que sospechaba. “Así fue, es y será” masculla para sí. “Amén” digo. “Si” reconfirma enfática.

Tomo la cámara. “Una para consumo personal” digo. Clic antes de que pueda recomponer su expresión de señora. Parece zafar de sus pensamientos. Mira mi verga aun desnuda y erecta. “¿No acabaste?”. “No hace falta” le digo. “Vení para acá” dice y tomándome de la verga, me remolca. “En serio que no hace falta” insisto. Se moja los labios con la lengua. “¿Desde cuándo no te hace falta acabar?” dice y se mete la verga en la boca.

Nunca hablamos tanto cogiendo, creo. Siempre fue una cosa eficiente y silenciosa. Como si las palabras pudieran revelar apetencias vergonzosas, incompatibles con la santidad del matrimonio. Masturba con las manos y con los labios al unísono, chupando con fuerza. Antes sólo usaba las manos. Y hace una especie de torsión con la muñeca que antes no hacía. Apenas me da el tiempo para cobrarme un clic –con media cara tapada por el pelo.

Eso fue todo. De pronto estaba apurada, como si alguien la esperara en minutos. Prefiere que le pida un taxi. “Gracias” dice al despedirnos y se queda un instante en silencio, mirándome a los ojos, para indicarme cuán hondo es su agradecimiento y cuánto me quiere todavía.

“Llamame si me necesitás” dice al salir, en lo que me parece que es algo así como una invitación a que seamos amantes, ya que no hemos podido ser pareja.

La foto felando no me dice mucho. Es sólo otra boca y otra pija. Pero el retratito después del polvo sí vale. Veremos si otra mirada me lo confirma. Lo mismo vale para la del culo, que me parece francamente llena –lleno- de gracia. Raquelita ha estado aprendiendo los gustos y los caprichos de su nuevo fulano. Podría haber aprovechado para pedirle el culito, que siempre me negó, y que quizá ahora ya tiene en funciones.

Estoy como a la espera de que algo terrible suceda. No a mí. A todos. Es el aire de estos tiempos: la sensación de un final atroz e inminente. No, no es de ahora, siempre se vivió en esta inminencia, en esta espera. Es parte de existir como humano. Quizá es esta fantasmagoría lo que ha corroído todos mis engranajes. ¿Quién puede ponerse a imaginar, cuando todo está a punto de volver a la nada originaria?

Habiendo incluido en el anterior párrafo... ¿párrafo? ¿son párrafos?, así, tan esforzadamente regulares en tamaño ¿igual son párrafos...? ¿o serían estrofas? Párrafos, porque están escritos en prosa ¿no? Habiendo pues incluido en el anterior párrafo, una cita de Lucrecio (V,366), el número de palabras del párrafo se me disparaba, razón por la que la quité y la puse aquí: “No faltan cuerpos procedentes del infinito capaces de destruir el mundo” profetizaba Lucrecio.

No produzco más que estos bloques pétreos de escritura, deyecciones estandarizadas de mi mente granítica. Sólo el entusiasmo puede disfrazar la indiferencia del mundo, hacerlo deseable. Pero las piedras no experimentan entusiasmo. La piedra ya no siente. Me refugio en los brazos de Maja. No se lo digo, pero me siento pequeño y frágil. Maja sería una madre pésima, volátil como es. Incapaz de autoinmolarse, del sacerdocio en la Secta del Hijo.

Desnuda sobre la blancura de las sábanas, estira su delgadez al máximo, con los brazos unidos y estirados. “Vení, Papi, haceme lo que quieras”. “¿Y si quiero tal cosa, o tal otra?”. “Dale”. A nada le hace asquitos Maja. Espera ansiosa. “Bueno” invento finalmente “estás muerta, hago un paquete contigo y te tiro en un lugar solitario”. Ni una palabra más. Sus ojos se cierran, no respira, no tiene pulso. Que hija de puta.

Clic desde la piecera de la cama. Los piecitos en primer término. Parecen pesados, macetones. Ni pestaña. ¿Cómo puede no respirar? Qué bárbara. Envuelvo su cuerpo en la sábana. Ato el envoltorio con el cable del televisor. Nudos cerrados desde el cuello a los tobillos. Clic. Es tela

natural. Lino. No puede asfixiarse. ¿Qué tal si se muere? Soy cagón. Me dan ganas de parar la mano. Me creo su actuación. Soy crédulo como un niño.

Me pongo el bulto al hombro. Pesa poco. Si pesara menos, no pesaría en absoluto. La sostengo con un brazo por debajo de las nalgas. Salgo al palier. Llamo el ascensor. Es de noche pero temprano. El edificio está en silencio. Que no nos vea nadie. Pero el ascensor se detiene en el tercero. La puerta se abre. Una cincuentona jamoneta. Se queda mirándonos. No dice, ni digo. No entra al ascensor. Las puertas se cierran.

A la jamoneta tendría que haber fotografiado. Y ella a nosotros. Las mejores fotos son las que no se hacen. La meto en la valija del auto. Clic. Pulsaciones a mil. Qué hija de puta. Ni pío. A menos que esté de veras muerta. Que le haya dado algo. Muerta por asfixia. Soy el sospechoso. Tengo que ocultar el cadáver. Manejo atento a oír ruidos en la valija. Tragando baldes de saliva. Entre ficción y realidad.

Eucaliptos y pinos, fantasmagóricos en la luz blanca de los faros. Hasta el fondo del parque. El camino, cada vez más arenoso. Esto es estúpido. En este oscuro páramo puede pasarnos cualquier cosa. Me detengo. Todo cruje, crepita. La corteza de los árboles, la pinocha. Todo hace algún ruidito. Abro la valija. ¿Y si le digo ahora “Final del juego”? Ni hablar. Esto es a morir. La saco. Jadeo y sudo. La dejo al costado del camino.

Clic, claro. No se tiene contemplaciones con un cadáver. Qué hija de puta. No puede estar gozando esto. Está emperrada, quiere que yo afloje primero. Entro al auto y enciendo el motor. Retrocedo. Giro. Me voy. Como a cien metros me detengo. A oscuras me siento a esperar. Increíble. Trenzado en algo así con Maja... Qué guacha que es. ¿Y yo? ¿Y yo qué? Le voy a dar un susto de aquellos. Se lo merece.

Regreso cauteloso. Llevo en el bolsillo el stiletto que heredé de mi padre. El pulgar acaricia el seguro, pronto para hacer saltar la hoja. “Que sea tu amiga como fue mi amiga” dijo al dármele, con el hilo de voz que le quedaba. Bonito incesto. “¿Alguna vez la usaste?” le pregunté. Sus ojos vacilantes y reseco buscaron mi mirada. No dijo nada, como si su mirada me confiara la imposible respuesta, como si recuerdos terribles lo invadieran. Gran farsante.

El bulto blanco concentra y amplifica la luz de las estrellas. Pasos cautelosos. Quiero que piense que soy otro. Alguien que ha visto, al pasar, un bulto misterioso. Pero ¿quién sale de noche, solo, a pasear por el Parque Roosevelt? Que se cague del susto. Entonces me doy

cuenta... ¡Que me aspen! ¡Tengo la pija parada! Padezco de necrofilia y no lo sabía. ¿Es el tipo de tendencia que sólo in extremis se manifiesta? Casi suelto la carcajada.

Salta la hoja de la navaja. En la frágil capa de silencio del bosque, hecha de crujidos de palitos secos, de murmullos de follaje rozado por la brisa, de zumbidos lejanos de camiones, el susurro metálico suena como un aullido. Rasgo la tela de la sábana a la altura de las nalgas. Pensé que si entonces no saltaba como una chinche era porque de veras estaba muerta. No saltó. Rasgué más la tela, decidido.

Saqué la verga. En ese momento realmente creía que Maja estaba muerta, y cuanto más lo creía mayor era mi excitación. Ya no me importaba dónde estábamos, las manos me sudaban y me temblaban. Todo lo que quería era hundirle el cuerno en el culo. Nunca se lo había hecho. ¿Cómo reaccionaría... en el caso en que no estuviera muerta? A esta altura estaba claro: se lo bancaría... con tal de no perder.

Nada podía hacer para saber si estaba viva o muerta. Si revelaba mi duda, sería finita la commedia con mi derrota, puesto que no habría sido capaz de sostener el juego hasta el final, fuera cual fuese. Puesto que sólo podía seguir adelante a ciegas, elegí creer que estaba muerta. Eso me excitaba más. Le separé las nalgas y lubriqué con saliva el nudito rugoso. Todo yo temblaba, torpe como nunca. Empujé y clavé media verga. Virgen no era.

No reaccionó, en absoluto. Definitivamente estaba muerta. ¡Tenía la verga clavada en un cadáver! ¡Imposible noción! ¡Intolerable noción! Para poder seguir adelante aluciné entonces que la occisa sólo estaba dormida, que se hacía la muertita... ¡Cuando a la vez *sabía* que no estaba muerta –que algo tan terrible no podía haber pasado–, que estaba fingiendo, que se hacía la muertita, y que en cualquier momento no podría seguir sosteniendo su ficción!

¡Que me aspen! ¡Confusión, torpeza, demencia! No podía sostener la cópula con el cadáver. Tenía que soltarle el polvo de inmediato o enloquecería. Empujé hasta completar la penetración. Pensé, otra vez, que la mejor foto es la foto imposible. Le di con todo. Bancó. Si no estaba muerta, ella iba a ganar la pulseada, con toda justicia. Pero, forzándole el culo como lo estaba haciendo, no iba a poder festejar sentada.

Después de vaciarme, me arrodillé, sin retirar el cuerno, y, alejando cuanto pude la cámara hice la foto posible. Me retiré. Con la mano libre le separé las nalgas. Clic del culito abierto en O y supurando semen. Con los chasquidos Maja podía ya estar segura de que no la había

ultrajado ningún paseante nocturno del Parque Roosevelt. En cuanto a mí... nada me quedaba por hacer, más que declararme vencido... A menos que estuviera realmente muerta...

Hace apenas un año, en mi apartamento, solo, me sentía en el Ombligo del Mundo. Más seguro que en un refugio nuclear. Más inspirado que lo que pudieran soportar mis ansias de escritura. Ahora, aquí, sentado en mi sillón favorito, me siento como asfixiado por el vacío. Nada de lo que el puto mundo ofrece me apetece. ¿Por qué? Porque no puedo escribir una sola línea que pueda escapar a las paredes de estos bloques de palabras.

¿Y las fotos? Se las mostré a Roberto. Dice que son geniales. No lo son para mí. Que es lo que cuenta. Hacer imágenes es inútil. Porque las únicas que importan son las que no es posible hacer. Siempre tan astuto yo. Siempre sabiendo el por qué de todo. Nunca sentí que las únicas líneas que valen la pena son las que no pueden escribirse. Borré las fotos. Dejé la cámara “olvidada” en un banco de plaza.

Maja no puede creer que ya no fotografío. ¡Con lo que nos divertíamos! Después de este fracaso ya no me va a ser tan fácil agarrarme de algo. El mundo se ha vuelto un poco más resbaladizo. No soy estúpido. Sé cuál es la objeción a mi lamento: que, en realidad, *estoy* escribiendo, que no hay razón alguna para no llamar escritura a esto que estoy haciendo ahora mismo. Pero no es así para mí. No estoy escribiendo. Esto no es literatura. Esto es una pipa.

Quizá lo sea para otro, pero no lo es para mí, que es lo que cuenta. Lo que hago es decir lo que me pasa y cómo intento superarlo. Sin adornos. Pero no es posible escribir sin adornos. La escritura *seca* es una quimera. Esta escritura en bloques es un adorno. ¿O qué es? Siempre se cuele algo, del carácter del escritor o del aire de su tiempo. ¿Entonces puedo decir que escribo sin voluntad literaria...? ¡Pamplinas! Un escritor es alguien que *no puede* parar de mentirse.

Ningún ocio más vicioso que el de la impotencia creativa. Los teros escandalizando el blanquecino cielo. De pronto quiero con Lita. Porque sí nomás. Porque favor con favor se paga. Para que no tenga deuda conmigo. ¿Cómo puedo querer con Lita? Cuando nos separamos ya no cogíamos. Pero que viniera tan campante, tan modosita, con tan buenos modos a pedir que la coja... No me lo banco. Hay gato encerrado. Y no puedo contener el morbo.

Espero en el auto frente a donde trabaja. Viene. ¿Qué me dice su sonrisa? Que no la sorprende. “Subí, es sólo un minuto”. Sube. Arranco. No dice nada. No diciendo nada dice que sabe de qué va. “¿A dónde ibas?” pregunto. “A ver a alguien”. Ella oculta, pero no dice

mentiras. De modo que interpreto su respuesta: iba a coger. “Quedé caliente” le digo. Me mira, sonrío apenas. “No tengo mucho tiempo” dice.

Me detengo en la rambla, desierta por el frío. No será nuestra primera vez en un auto. Tiempos hubieron de calentura impaciente entre nosotros. Saco la verga, ya tensa. Se inclina, se llena la boca. Mama con mimo. Siempre me gustó cuando la trata así, con amor y con paciencia. Lo que es nuevo es este cabecear dulcemente, como de góndola, como de quien mece a un bebé para dormirlo. Cierro los ojos, listo para fluir.

Pero los abro y me encuentro con un par de imbéciles que se divierten mirándonos. Son dos chicos de la calle, carasucias. Payasean. Me cruzo un dedo sobre los labios indicándoles silencio. Que miren si quieren. Ya no aguanto más. El cabeceo de Lita es más firme. Respira ruidosamente por la nariz. Está acabando la muy bandida. Me suelto. Me deslizo dentro de un baño de luz... del que me arranca un golpazo en el capó.

Uno le chupa el pulgar al otro, ambos con cara de disfrute. Lita parece no haber oído el golpe, o piensa que no fue más que una gaviota, que cayó muerta sobre el capó. Sólo la suelta cuando se ha encogido completamente. “¿Estás bien ahora?” pregunta, solícita como una enfermera. De pronto toma nota de los payasos, que le proponen sus lengüitas. “No te asustes, son dos idiotas”. No se asusta, por cierto. Los ignora olímpicamente.

Siempre me impresionó eso en Lita. Nada la perturba. Su pragmatismo lo llamo. Arranco, nos alejamos de los payasos. “Permitiste que nos vieran...” dice como para sí. “No importa, Lita, son dos idiotas, no son nadie...”. “Pero permitiste que nos vieran”. “¿A dónde te llevo?”. Se queda callada. Quizá le cuesta decir dónde se va a encontrar con su partner, pareja, enamorado, o lo que sea. Está como perdida en sus pensamientos.

“Si querés te busco un taxi”. “No es eso...” dice, pero no sabe decir qué es. “Mejor me voy para casa”. “No seas boba, vas a hacer que me arrepienta de haber venido”. “Eso no... estuviste bien”. “¿Bien en qué sentido?” pregunto, morboso. “Estuvimos casados... nos debemos lo que sea...” dice. ¿De golpe podemos hablar todo? Nunca pudimos. “Y estuvo bueno, idiotas incluidos” dice, zambulléndome otra vez en las turbias aguas del desconcierto.

¿Porque estuvimos casados nos debemos lo que sea? ¡Qué idea! “¿Te gusta la idea de tener dos amantes?” le disparo a quemarropa. Me mira insistentemente, como si no me reconociera. Tampoco yo la reconocía. “¿A vos te gusta...” retruca. “Somos libres” digo.

Después pregunto: “¿Él banca?”. “No lo creo”. Quedamos así como enroscados en algo nuevo, aunque en realidad no sabía si experimentaría otra vez el capricho de querer con ella.

“Igual voy a decírselo. Vos sabés que no soporto las mentiras” dice. “No soportás las mentiras pero no te molesta ocultar” digo. Nunca se lo había dicho. No se defiende. La peripecia nos es narrada por los testigos, no por los protagonistas, y el último párrafo nos informa que “esto no es una novela” sino un juego que consiste en que tenemos que adivinarle el final –la solución está en la solapa de la contratapa.

La verga es un instrumento de poder. Sirve para preñar a la hembra, y humillar al vencido. Se ha querido convertirla en instrumento de placer. Eso sólo será posible cuando las relaciones personales estén exentas de relaciones de poder, porque la erótica del poder es más fuerte que la erótica del placer. Hoy ni las mujeres ni los hombres, ni los vencedores ni los vencidos, ni los fuertes ni los débiles, quieren un mundo exento de relaciones de poder.

Somos todos prisioneros de la erótica del poder. Por más que disimulemos, todo placer nos parece aguado si la humillación no lo condimenta. El poder exige que le rindamos pleitesía explicitando hasta qué punto determina nuestros deseos. La erótica del placer es subsidiaria de la erótica del poder. El placer nos es concedido por añadidura. En erótica basta con aceptar la preeminencia del principio del poder para que la titilación comience. Y así siguiendo...

Apenas púberes, Roque y yo, hasta que fuimos descubiertos y cruelmente separados, disfrutamos de un jueguito del que no hubiéramos sabido explicar cómo se nos ocurrió. Éramos Roque, yo, y el sauce que con sus raíces rompía las baldosas del patio. Jugábamos a la hora de la siesta y nuestra temporada de juego duró casi todo un verano. Roque era negro y tan bello que de tanto envidiar su belleza me causaba angustia.

El juego comenzaba cuando Roque elegía una ramita del sauce, la pelaba y me la daba. En el fondo del patio había un habitáculo con dos catres, en el que se esperaba que hiciéramos la siesta. Roque era el nieto de Ondina, nuestra doméstica, y ese verano lo pasaría en casa, según me explicaron “para ir a la playa”. De inmediato me cautivaron su agilidad de bailarín, la belleza de sus ojos rasgados y la dulzura de sus maneras.

A su pedido, con la vara de sauce azotaba a Roque, en la espalda y en las nalgas. Eran azotes dulces, suaves, apenas un ardor, nada que marcara la piel, ni mucho menos. Pura idea, nos relamíamos con la idea. Más que a él los azotes me dolía a mí la terrible erección que el juego

me producía. Cuando no podía más me bajaba el short y le ofrecía la verga vibrante a Roque, que se la ponía en la boca y la meneaba.

Eran los años de la paja, y yo me hacía dos por noche, obsesionado con una chica de poco más que mi edad, cuyo nombre he olvidado, aunque no sus facciones, acerca de quien corría la especie según la cual, en la oscuridad de nuestro cine de barrio, *la chupaba*. Es probable que el jugo que Roque extraía de mi cuerpo mediante la delicada faena de sus dedos y de sus dulces labios, le resultara algo aguado e insípido.

Los azotes de Roque eran aún más dulces que los míos. En una de esas siestas, presa del entusiasmo o sintiéndome muy machito, le exigí más firmeza: fue la única vez que nos dejamos marcas. En la playa, no me saqué la camiseta, con la excusa de que por la mañana me había pasado de sol. Sintiéndose culpable, en medio de la noche, Roque se deslizó en mi dormitorio y estuvo lamiéndome la espalda y las nalgas un largo rato.

Dios lo bendiga. La primera vez que me presentó su erección, al verme sorprendido por el largo, se excusó asegurándome que era una característica étnica, y que no representaba ninguna ventaja. Era, seguramente, lo que él creía por entonces. Éramos chicos. Lo que puedo asegurar es que su semen era mucho más abundante, más denso y más sabroso que el mío, con lo que no tardé en concluir que Roque no se hacía la paja.

Un aura de energía y deleite nos circundaba durante el rato largo de la siesta. Envueltos en el gran resplandor, éramos un jeroglífico imantado, puro enigma, a cuya pureza ya no es posible volver. Un mal día el goce fue tan fuerte que nos dormimos desnudos y abrazados. Del asunto no se habló mucho en casa, pero se acabó lo que se daba. No hace mucho lo vi, burócrata en un banco, preferimos no reconocernos, no manosear lo intocable.

Consulto. Siempre sirve una opinión especializada. Me dice: “No es que no pueda escribir, es que no quiere. Es decir: no quiere poder escribir, o si así lo prefiere: quiere no poder escribir”. Le pregunto por qué querría no poder. “Esa es la cuestión” dice. “Así como hay una erótica del poder, hay una erótica del no-poder, de la impotencia” propone. Y finalmente arriesga: “Una erótica de la impotencia es, por supuesto, una erótica de la muerte”.

Como se comprenderá la opinión especializada me dejó preocupado. Desde siempre he venerado los dos chorros que son, para mí, por definición, la vida: el chorro de semen y el chorro de la escritura. ¿Qué virus pudo haberme atacado en la plenitud de la potencia para

que prefiera lo contrario de lo que me importa? ¿Será que la potencia también puede llegar a generar hastío? ¿Se me secó la vena principal, que es la vena del deseo?

Una cosa es segura: Deseo y Escritura son en mí la misma cosa. El Deseo es una forma intensísima de la curiosidad. Es, a la vez, lo que me lanza al mundo y lo que intento atrapar en la Escritura. ¿Ya no deseo? Estuve con Maja, pero usándola como a un cadáver, estuve con Raquel, pero es una relación muerta y enterrada, estuve con Gio, pero por ella jamás sentí deseo, más bien siempre me atrajo no desearla.

¿Entonces? ¿Debo asumir el diagnóstico del especialista? Hay que tener cuidado. No son sino juegos de palabras, abstracciones, pero que pueden terminar haciendo daño. Decidí cuál será mi primer movimiento: comprobar que no se me secó la vena del deseo, que no se me instaló en el corazón la indiferencia. Pero ¿cómo se logra esto? Sin darme cuenta me he ido reclusando en mí mismo. Debo recuperar aquella actitud mía de perpetuo acecho.

Prestar atención, no ignorar, no evitar. Regar la plantita del Deseo. Antes el aire estaba lleno de melodías extrañas, sugerentes, embriagadoras. ¿Y ahora? ¿Ya no capto ninguna? ¿He perdido el oído? ¿Tan joven? ¡Vamos, muchacho! Nunca fuiste un fauno, pero de ahí a estarte a gusto en las heladas aguas de la indiferencia, a preferir los insípidos placeres de la impotencia, a encontrarte a gusto en la compañía de lo muerto...

Pero... ¿qué digo? ¿Estrategias para recuperar el Deseo y, como consecuencia, recuperar la Escritura? ¡Estoy loco! ¿Para qué quiero recuperar la maldita compulsión de la Escritura, la obsesión que me tiene de rehén, que ha secuestrado mi vida con la promesa absurda e inútil, cristiana, cretina, de una vida futura, obsesión que devora insaciable lo más valioso, el tiempo de vida, mientras destruye la vista, deforma la columna y produce hemorroides?

La Escritura no es un don de Dios. Es una alucinación que nos propone Satanás para que incurramos en soberbia, en delirios de grandeza. Un fantasma que promete desafiar al tiempo y que se disuelve en la nada antes de que el gallo cante dos veces. Ya basta de eso. Quiero una vida digna de ser vivida y no mil vidas imaginarias. El verdadero regalo de Dios es esta bendita impotencia, el fin de las ilusiones ponzoñosas.

Todo lo cual es fácil de decir, pero difícil de asumir cuando uno tiene ya una década de borrar torpezas convencido de estar señalándole al prójimo el camino de la trascendencia. Pero se terminó. Lo hice. Borré mis archivos de escritura, vendí mi biblioteca, ya no respondo a

mi nom de plume y cambié mi número de celular. Vita nuova. Y el mérito de mi renuncia fue tan grande que tuvo muy pronto su recompensa.

Técnicamente hablando el problema es éste: mi manera de narrar siempre ha sido entregarme a un fluir tan descontrolado como me sea posible. Pero desde que tuve conciencia de estar en crisis de escritura comencé, automáticamente, sin pensarlo, a parcelar ese fluir en párrafos de entre setenta y ochenta palabras, párrafos cerrados en sí mismos, autocontenidos, digamos. Lo que experimento es algo bastante parecido a apretar a la vez el acelerador y el freno.

Es la tortura perfecta para mi escritura. Nunca me costó tanto avanzar en un texto. Es como padecer de estreñimiento. Ratazos interminables esforzándome para conseguir unos pocos coprolitos, en el supuesto de que salga algo. Pero ¿por qué autoinfligirme semejante grado de dificultad? ¿Cuál se supone que sea el premio? Porque si en algo he creído siempre es en la racionalidad secreta de hasta mis más absurdas decisiones de escritura.

Parece como si semejante dispositivo tuviera por finalidad impedirme escribir. ¿Alguna zona de mi ser está celosa con el prolífico matrimonio entre mi mano y mi subconsciente? ¿Es esto un sabotaje? ¿Qué es lo que se quiere de mí, atándome, la mano con la que escribo? ¿Qué no escriba más? ¿O que cambie la manera en que escribo? Pero ¿por qué, si como estaba funcionaba? ¿Cuál es esa zona de mí que me está haciendo la zancadilla?

¿A qué se parece el brete en el que he metido a mi escritura? Se parece al brete en el que el matrimonio mete al Deseo. Como ya llevo dicho: Escritura y Deseo son en mí una y la misma cosa. Puesto que, a pesar de la impotencia y de la dificultad autoimpuesta, escribo, lo que escribo, este texto torturado, debe de tratar acerca del Deseo, de una especie de Deseo contrahecho. Veremos cómo se lleva el Deseo con su Lecho de Procusto.

Nunca una mujer me impresionó tanto, de solo verla, como me impresionó ella. No porque fuera bella, que lo era, superlativamente, en el conjunto y en todos los detalles. Pero verla no invitaba simplemente a la contemplación exaltada sino a la urgencia de una interacción que la pusiera a salvo de no se sabe qué tristeza, evidente en la dulzura de su mirada y de su sonrisa. Era un ícono de belleza, pero de una belleza incapaz de gozarse a sí misma.

Todo eso lo comprendí, sin formulármelo, en el instante en que nos cruzamos, en la penumbra de la zona de baños de un pub, un viernes por la noche, en hora pico. La perseguí toda la noche con la mirada, con esa tozudez propia de los demasiados tragos. Hasta que me devolvió

la mirada. Me dio la extraña impresión de que su voluntad de huir de mí se le había agotado y que se entregaba a mi insistencia. ¿Intuyó que no renunciaría a ella?

Volvió a cruzar el atestado boliche en dirección a los baños. La alcancé antes de que abriera la puerta. Se quedó mirándome como si reconociera en mí el derecho del más fuerte. La besé en la boca. Con toda la boca. Al principio se quedó quieta, pero abierta, dejándome profundizar el beso. Después, como si de pronto registrara toda la fuerza de mi ansiedad, me respondió con creces, redoblando la apuesta. El piso desapareció y caímos al vacío.

Cuando emergimos para llenarnos los pulmones con el aire viciado del boliche dijo: “No estoy sola”. “Decí que te vas. Te espero en la esquina”. “No puedo hacer eso”. “Chevrolet Corsa, negro” insistí. Al rato, desde el auto, la vi salir con un fulano. Cruzaron la calle y subieron a un BM. Los seguí. Se detuvieron frente a un complejo de viviendas en Gonzalo Ramírez. Tardó tanto en bajar que estuve a punto de ir y abrirle la puerta.

Bajó una escalinata hacia una especie de patio arbolado y desapareció en las sombras. El BM se alejó con un chirrido furioso de neumáticos. Corrí tras ella. En la penumbra casi me la llevé por delante. Estaba esperándome. Su bello rostro de fantasma asustadizo, su mirada dulzona, su sonrisa triste. “¿Qué estamos haciendo?” susurró, imperiosa. No supe qué responder, pero me tomó de la mano y me introdujo en el laberinto en que habita.

Sentí que entraba en los dominios de la Magia Amorosa al entrar a su apartamento. Todo me parecía bello y significativo. El piano vertical. La mesa cubierta de partituras. El gran sofá hamaca, con estructura de metal. Se sienta en la butaca del piano. Se ve como encogida, compungida, apagada. Me indica el sofá. “Esperamos unos minutos” dice. Como si aquello fuera una sala de espera y pendiera sobre nosotros un diagnóstico fatal.

Cada laborioso metabolito me ha costado tanto esfuerzo que, apenas lograda una magra cosecha, no tardo en abandonar, en seguir mañana. Hoy fueron, con esta, siete pequeñas piezas. Costándome menos esfuerzo, quizá, con la práctica, pronto estaré alcanzando una respetable velocidad de crucero. Todo llega. Paciencia y confianza. En arte el optimismo es una obligación. Y podré decirme: “no fue una crisis sino un cambio en el estilo”.

En realidad me siento como un bello pez, iridisado y veloz, que se ha tragado el puto anzuelo hasta las pelotas. Esa es la verdad. Pero voy a pelear hasta el final. Del agua van a sacarme no vencido sino muerto. Siento que he sido condenado a pasar camellos por ojos de agujas, uno

por uno hasta que no queden más camellos u ojos en las agujas. Tengo un solo consuelo, pero es el mejor consuelo posible: sólo lo difícil es estimulante.

No pasaron dos minutos antes de que sonara el teléfono. No se sobresaltó. Era lo que estaba esperando. “No te preocupes, estoy bien” dice al teléfono. Y luego: “No, no vengas. Ya se me va a pasar”. Y finalmente: “Bueno. Yo también. Hasta mañana”, y cierra con un beso sonoro. ¡Uf! Penoso. Y yo esperando para saltarle encima. ¿Arrepentida? De ninguna manera eso iba a eximirla de prestaciones libremente asumidas.

Pero nada de eso. Vino directamente al choque. Salté como con un resorte, encarando. Nos miramos a los ojos, comprobando que no había habido ningún malentendido en los entusiasmos proclamados. ¿Era de pronto su sonrisa menos triste, su mirada menos acariciante? Quizá sí. Pero en el fondo de su mirada había un poso encallecido de angustia, algo parecido al fatalismo. “Vení con lo que tengas” le dije, no sé por qué. Pero le gustó.

Me tanteó el paquete. Apreció la firmeza de mis pretensiones. La punta de la lengua le asomó entre los labios. La dejé hacer. Eso quería. Tomar posesión. Me chupó la lengua, despacito y toda. Una verdadera paja de lengua. Se arrodilló y abrió la portañuela. Tuvo que tironear para que la verga, incómoda de tan tensa, zafara de los trapos y asomara a escena. Se quedó mirándola, los ojos muy abiertos, como gratamente sorprendida.

Acunó los huevos en su mano, desnudó el casquete, empuñando el tallo apreció el grosor, lo olió a fondo, todo a lo largo, como quién aspira una larga raya de cocaína. Me sentí como en el casting de un porno, bestia en un remate de sementales. De pronto mi delicada damisela se comportaba como una verdadera viciosa, una conocedora. Enhorabuena. Meneó con fuerza la verga, como quien pisa el acelerador para evaluar el motor.

La dejó vibrando y saltando, loca de ansiedad. Atrapó en sus labios el casquete y le dio una sonora chupada. Bien de porno. “Recostate” ordenó. “No, así como estás” especificó cuando vio que intentaba sacarme el pantalón. Ella sí se lo quitó. Quise tocarle la pepa, completamente depilada, pero detuvo mi mano. “No” dijo, y abriéndosela colocó el casquete en posición y se apoyó, dejándolo deslizarse hasta las mismísimas puertas del Cielo.

El goce suavizó al instante sus facciones. Como si hubiera logrado introducir una barra de hielo en sus entrañas en llamas. Removió apenas las caderas y contrajo los músculos de la vagina, como comprobando, en el ajuste y en la consistencia, que recibía todo aquello por lo que pagó

con su dinero. Se mordió el labio inferior con tantas ganas como para sangrarse. Sumida en la faena la tristeza de sus labios y sus ojos tenía algo de payasesco.

Pero ¿quién sino una loca de atar fleta al noviecito con el cual ha salido de boliche la noche del viernes para entregarse sin la más mínima precaución a un perfecto desconocido? A menos que sí me conociera... Soy un escritor más o menos conocido... en ciertos ambientes. Mi efigie circula en los medios y en la red... ¡Quizá fuera una fan que no ha querido perderse un polvo con su ídolo! Son cosas que suceden...

Debo decir que, desde que planteé las cosas en sus justos términos a manera de queja formal, el tema de la productividad ha venido mejorando. En menos de una hora completé seis unidades –esta es la séptima-, y no me siento para nada fatigado. ¡Lo importante que es hablar las cosas a tiempo y claramente! Quede mi intervención ex machina como clivaje que señale el momento en el que –esperemos- este texto comience realmente a funcionar.

De pronto ocupó mi mente la Medusa de Caravaggio, comprendí con pavor que fue la mirada de la Gorgona lo que convirtió mi escritura en un río de piedra. Pero ¿cuándo me la crucé? ¿En los ojos de quién la miré a los ojos? Como si al adivinar yo el maleficio lo hubiera adivinado también ella, mi dulce payasa fijó mi cabeza tomándola con ambas manos y con su mirada me taladró los ojos. ¡Y la verga que tenía alojada en su vientre se convirtió en una verga de piedra!

¡Medusa ha convertido *no sólo mi mente sino también mi verga* en piedra! Nunca experimenté una erección semejante. Soy la piedra que siente. Que la piedra descansa entre sedosas mucosas, vaya y pase –existen los dildos de piedra. Pero que yo, en alma y conciencia, sea la piedra, y me sepa piedra entre mucosas, eso ya es otra cosa. Traté de sacarla para palparla, tan temeroso de ser objeto de un maleficio como de estar atrapado en una alucinación.

Pero no era posible quitarme aquel cuerpecito de ángel de encima. Más ligero que el de una bailarina, de pronto era, no pesado, o pesadísimo, sino inamovible, como sólo pueden ser inamovibles las cosas en un sueño. Le clavé los dedos en las nalgas, decidido a quitármela de encima. Movié la cabeza en muda negativa. “No” soltó con la misma firmeza con que Don Giovanni se niega a arrepentirse. “Tengo que estar delirando” me dije, convencido.

¿Qué faltaba para que de puro pánico me pusiera a gritar? ¿Qué mi partner sacara una lengua negra, bífida y de metro y medio de largo? Run for your life before she eats you alive. Lo hubiera hecho si hubiera podido. Pero no sólo era imposible moverla, además estaba

empezando a experimentar algo mucho más allá de lo imaginable. Algo que ninguna droga, imaginación o pesadilla podría concebir: eyacular con una verga de piedra.

“¡Un momento!” clamé, pero al menos a mis oídos mi voz no llegó. Entendí que la cosa iba en serio: si no podía quitármela de encima y no podía gritar ¿qué era lo que podía? Y entonces... se me hizo la luz... o la oscuridad definitiva: se me hizo que este sistema de escritura en bloques, tipo Lego, del que no puedo apartarme es, definitivamente, una estrategia de mi superego literario para... para... precisamente...

Me siento como el personaje de Dalí arrastrando pianos de cola y burros muertos. Me vence la inercia, como lo vence a mi personaje, que no consigue huir del sofá... de este sofá de Medusa. ¿Qué puede representar esta eyaculación de la piedra sino a esta escritura absurdamente encorsetada? ¡Es evidente, lo veo venir...! Me he convertido en la metáfora viva de la impotencia creativa. Sí, señor, aquí la forma determina claramente al contenido.

“Que me aspen” pensé cuando Medusa comenzó a cabalgar lenta pero firmemente el potro de sus tormentos. “Soy un gran dildo de piedra” pensé. Ese es el secreto de la Gorgona: convierte a los hombres en piedra para cogérselos en el punto justo en el que los prefiere. La lava sube lentamente por la verga de piedra. Siento que al entregar mi esencia de vida todo habrá acabado para mí: quedará íntegra y definitivamente convertido en piedra.

Y todo hubiera llegado a su punto, sin más, si no hubieran sonado, apremiantes, unos golpecitos en la puerta del apartamento, a escasos tres metros de nosotros. A la mierda toda mi construcción delirante. Medusa se quedó quietecita, como para responder con silencio, aunque aquel sofá ruido no hacía en absoluto. Después, muy despacio, empezó a retirarse de encima de mi cuerpo. Mis manos en sus caderas la detuvieron. Cualquier cosa menos eso.

“Dejame acabar para que todo acabe” susurré. Hizo que no con la cabeza, pero cuando empujando hacia arriba con las caderas retomé la cogida, la mirada se le empañó, abrió la boca y se babeó. No estaba para argumentos. Le lamí las comisuras. Golpecitos otra vez, quizá más fuertes, quizá más firmes en su urgencia. Actuaron como un detonante: nos tapó la ola. Ni que hubieran baleado la cerradura nos hubiéramos detenido.

Me solté en lo profundo de su cuerpo de sílfide y onduló como una medusa hasta abandonarse completamente, cubriéndome con una sola gran caricia, como la ola que se extiende sobre la arena de la playa. Entonces sonó el teléfono. Respingó mi damisela como atacada por un

tábano. Cubrí su boca con la mía, con una mano atrapé su entrepierna y la retuve con la otra por la cintura. “Tengo que atender” quiso decir.

Enrosqué su lengua con la mía, y entre los labios de su calva vulva anidé, como un anzuelo mi dedo corazón. En la delicia perdí la conciencia. También ella. Pero el teléfono, necio, seguía sonando. Hubiera sido inhumano exigirle que soportara semejante dicotomía. Apenas aflojé la toma huyó hacia el dormitorio. La seguí, implacable, blandiendo amenazador una nueva erección. No iba a permitir que las cosas se me fueran de las manos. De ninguna manera.

Atiende fingiéndose medio dormida. “Me tomé un somnífero” asegura. Y pregunta, inocente: “¿Dónde estás?”. Se tiende en la cama y como por descuido abre para mí las piernas. “No me digas que ya te vas a dormir. ¿Qué hora es?” pregunta fingiéndose sorprendida. ¡El noviecito le ha ocultado que está aquí nomás, detrás de la puerta! Le dio vergüenza. Su vulva, abierta, rezuma semen. Con la lengua dura como diamante, le lamo hasta el alma.

No puede reprimir un suspiro. “Es que si me hablás así me pongo nerviosa” dice para disimular. “No, no vengas. No me siento bien del todo” se contradice, alarmada. Feroz, le chupo el vértice. Se estremece, suelta un grito mudo. No puede seguir disimulando. “Te prometo que mañana...” dice con un hilito de voz, al borde del orgasmo. Cuelga, levanta las rodillas y se abre todo lo que puede. Le devoro la concha entera con toda la boca.

Hay tipos que secuestran a las mujeres que “aman” y las tienen prisioneras sencillamente porque no soportan que los demás las vean, o hablen con ellas. Patologías aparte, creo que ese tipo de fantasía es inevitable cuando el deseo es auténtico y no meras ganas de coger. Lamiéndole la oferta entera la despeñé en un orgasmo de todos los colores. “Mañana sos sólo mía” le prometí telepáticamente, mordisqueándole los pliegues ya resecos.

Ya ni resollaba cuando le mordí el clítoris, lubiqué el dedo corazón y se lo hundí en el culo. “Basta. Vení” musitó tironeándome del pelo. Subí para lamerle la boca pero no le saqué el dedo. Me lo tenía tan apretado que no pude sino concluir que la vía angosta la tenía sin estrenar. Medusa, virgen del culo... “No más... Mañana...” prometió chupeteándome el lóbulo de la oreja. Ahí sí que soy ultrasensible. Será porque tengo una oreja más larga que la otra.

Con un pie descalcé al otro. Recuerdo mis zapatos golpeando el suelo de madera. Tironeé de mis pantalones hasta que me los saqué, me pegué a su espalda, me oí decir “Medusa, mi amor”, y me entregué al sueño. ¿Mi amor? Mi némesis y mi cielo. Dueña y señora de mi

impotencia y de mi deseo. A menudo cuando estoy a punto de dormirme tengo instantes de comprensión geniales. En general por la mañana no los recuerdo.

El que tuve esa noche sí lo recordé. No era para menos: para un escritor –comprendí- no poder escribir es lo mismo que haber sido convertido en piedra. O sea: al escritor se lo convierte en piedra para impedirle la escritura. En el comienzo de mi súbita impotencia había, pues, un mal de ojo, un gualicho, una maldición: *en algún momento, antes del comienzo de la sequía, he visto a Medusa, y verla fue lo que me secó, lo que arrasó mi alma creativa.*

Pero una cosa es la maléfica Medusa... y otra, muy diferente es mi dulce Medusina... que ha venido a liberarme. ¿Liberarme cómo? Mediante un DESPLAZAMIENTO: *desplazando el estado pétreo de mi mente... a mi verga.* ¡Voilà tout! ¡Medusina, mi heroína! Abrazado a la espalda de Medusina, me sumergí en los abismos del sueño. Y entonces, finalmente desatado el nudo, caído el maleficio pude comprender la más extraña de mis conductas.

La cuadrícula, esta escritura a base de metabolitos, que en un principio creí un impedimento, una herramienta de la impotencia para frenar el fluir de mi escritura, en realidad no ha sido sino una conducta de defensa, una manera, en tiempos de sequía creativa, de asegurar cada mínimo logro, de forma tal que pudiera utilizarlo luego para impulsarme hacia adelante, tal y como el alpinista clava sus crampones para trepar por la pared de hielo.

Abrazado a Medusina en un vuelo vertiginoso por azules inmensidades, sueño que el laberinto de piedra, impotencia y muerte en el que estaba atrapado comienza a disolverse en la nada. “Mañana... mañana...” sigue susurrando en mis oídos el aliento de Medusina. Y así, sin perder ni por un instante la conciencia de estar soñando, en un solo vuelo maravilloso retornamos a la luz y a la superficie. Amanece, y de sólo vernos nos sonreímos encantados.

Hambrientos, salimos a la calle en busca del pan caliente de la primera hora. De la mano del hada Medusina, la de los ojos pícaros y la débil sonrisa, la fealdad de la ciudad me parece menos fea. Ahí está mi auto calentándose con el primer sol. Le propongo al hada irnos lejos, salir de la ciudad, fugarnos. “¿A dónde?”. “A otro planeta, a otro mundo, por supuesto”. Hicimos el trayecto hasta la panadería barajando opciones de fuga.

Nos esperaba en el palier, sentado en el piso, como si hubiera pasado allí toda la noche y al salir nosotros por la mañana, misteriosamente, no lo hubiéramos visto. “Traemos bizcochos calientes y leche” dijo Medusina, nada sorprendida, mostrándole la bolsa. Y al adelantarse

para abrir la puerta el fulano la tomó por la cintura y la besó en la boca, cosa que ella aceptó de buena gana. Luego me sonrió y dijo: “Me exige sus caramelos, como un niño”.

Inmerso en mis pensamientos no les presté atención. Pensaba que una vez comprendido el origen de la escritura en bloques, llamémosla “cuadrícula”, ésta debiera ir desapareciendo. Sin embargo, como puede verse, eso no está sucediendo. ¿Por qué? ¿Acaso mi escritura encuentra en la cuadrícula aspectos inesperadamente beneficiosos? Resbaloso terreno el de la estética literaria cuando quiere hacer pie en el mundo de la magia.

Por otro lado, no dejaba de preguntarme cómo y cuándo Madame Medusa me habría hecho el mal de ojo. ¿Sería una venganza? ¿Enemigos literarios? ¿Políticos? ¿Vecinos del Comité de Base ofendidos por mi literatura? Remontado en el divague, había perdido de vista a los tortolitos. Me asomé a la cocina. Ella preparaba la bandeja y él la abrazaba por detrás, sobándole los pechos. Se veían incontinentes como personajes de Buñuel.

Ella giraba la cabeza para ofrecerle los labios. Tan bonitos se veían que no pude sino sentir una puntita de envidia, que no de celos, enfermedad a la que me considero inmune. Las manos del fulano bajaron de los pechos a las caderas de Medusina, sin duda que para, atrayéndola, hacerle sentir la intensidad de su deseo. “Ejem” dije entonces bajándolos a tierra. No estaba dispuesto a aplazar ni cinco minutos más mi desayuno.

Ella estimó que antes de sentarnos a la mesa era oportuno presentarnos. De manera que, con total aplomo, dijo nuestros nombres. Nos dimos la mano. “Declaro que pienso seguir llamándolo *el fulano*” le advertí. “Y yo voy a seguir llamándolo *el intruso*” respondió, como si estuviéramos desafiándonos a una partida de ajedrez. “Hay bizcochos, tostadas, mermeladas y queso de cabra” anunció Medusina, al parecer satisfecha con el tenor de las presentaciones.

De pronto se me hizo evidente que Medusina no podía ser sino Madame Medusa jovencita. O sea, pasando raya, me preocupaba: 1) la persistencia de la cuadrícula, 2) circunstancias en que Madame Medusa me engualichó, 3) Medusina en tanto Madame Medusa jovencita, 4) las rarezas del intruso, con su BM, su ropa cara, sus berrinches y sus sumisiones. No dudaba yo de mi entente con Medusina, pero no me era evidente que el horizonte estuviera despejado.

Mi impresión era que del conjunto del sancocho podía salir cualquier cosa. Como siempre que se me pone el viento en la puerta, pensé en rajar. Si quiero apaciguar mi espíritu y recuperar mi vida, pensé, tengo que a) sacarme de encima a estos dos, y b) acabar con la cuadrícula. Pero

¿cómo darle la patada a Medusina si aún mañana, cuando este texto se haya agotado y se aleje en mi pasado, su sonrisa de payasa tierna seguirá endulzándome el corazón?

“No me voy a gastar porque me cojan los dos” opinó Medusina, tan pancha, abriendo el juego. “Pero ¿y si tuvieras que escoger?”. “No escogería. Los cogería”. Y como nos veía disconformes se abrió la blusa y desnudó las tetas, y sosteniéndolas en las palmas de las manos dijo, salomónica: “De casi todo tengo pares”. Nos sentimos de inmediato estimulados por el desborde de Medusina. Fue evidente. ¿Habrán pues de mezclarse nuestros sémenes?

Para argumentar a fondo Medusina encontró argumentos adecuados en su naturaleza oceánica. “Mis ojos no tienen párpados, de manera que no habrá guiñadas para ninguno de los dos. Mis iris son fijos, de manera que con ninguno voy a cambiar miraditas discretas”. Una onda de calor pasó por nuestros rostros y anidó en nuestros vientres. Nuestros pensamientos y visiones perdieron foco. Sin mayor resistencia nos iba acercando a su idea del comunismo.

“Para lo que no tengo respuesta es para cuál de los dos va primero, pero en ese caso habría que ponerse de acuerdo acerca de primero a qué” prosiguió, desatada. Fulano e intruso se miraron a los ojos con desconfianza, pero: “Nada más faltaría que tuviéramos las mismas preferencias” pensaron al unísono. El intruso sabía bien que querría ser el primero ahí donde descubriera que nadie había estado antes. Cuestión de negociar con astucia.

En la bella luz de aquella mañana todo parecía bueno y posible. No había pues razón alguna para aplazar el momento. “Pero antes una prueba, exigió el fulano, vas a recibirnos con los ojos vendados, para asegurarnos de que no te somos indiferentes”. “Nada me resultará más placentero, sus Majestades” y se puso de pie para hacernos una reverencia. Pícara, lujuriosa, embriagadora Medusina. Segura de tenernos justo allí donde quería tenernos.

Le vendamos los ojos, le desnudamos las nalgas y la inclinamos sobre la mesa para recibirnos. Ambos estábamos igualmente erectos a esta altura de la ceremonia, de manera que el orden era cuestión de cortesía. Le indiqué con un gesto que procediera. Negó a su vez con un gesto, terminantemente, y me indicó que fuera yo el primero. Insistí en cederle el privilegio, pero no con menos elocuencia insistió en que era mía la preeminencia.

No faltaron las miradas de reojo, las inevitables comparaciones. La mía era más larga, y cabezona. Pero la suya tenía ese diseño piramidal que, según he oído, provoca fanatismos. El fulano se la acariciaba con el gesto mecánico, distraído con que se tranquiliza a un gallo de

pelea impaciente por saltar al ruedo. Resignado a la preeminencia ocupé la línea de partida, y separé las nalgas – encantadoras, aunque algo magras, debo decirlo- de Medusina.

Condimenté el momento con un poco de suspenso. Medusina suspiró de ansiedad y su calva vulva me hizo un guiño profundo. Le deslicé dentro, centímetro a centímetro, sin apuro, el garrote entero, decidido a hacer valer mi legítimo argumento. Manteniéndole las nalgas bien abiertas le hice sentir repetidamente lo profundo del envite y la prepotencia autoritaria de mi gran cipote. La mató la ansiedad, trató de controlarse, pero acabó de inmediato.

Me retiré y con un gesto veladamente triunfal le cedí el puesto al fulano... ¡Pero no...! ¡No, no y no! ¡No puedo seguir! Poco a poco me he ido deslizando hacia la cosa que más me repugna, el sexo decadente, la cosa puramente performática, epidémica, sensorial, los personajes distantes, incapaces de involucrarse en lo que hacen. ¡Y no es que ellos no puedan involucrarse...! ¡Basta de mentiras! ¡Soy yo el que no puede!

El sexo... en sí... no es nada... fisiología y cosquilla... es decir... no creo que en el sexo haya algo que valga la pena el esfuerzo... Pero el sexo, en gran medida, es lo que está en juego en mi escritura... sólo que visto desde el ángulo del Deseo, que es lo único que puede redimirlo de la fealdad y la torpeza. Ese es el problema: mis personajes se deslizan progresivamente hacia el sexo sin Deseo. Me parecen máquinas que se sacuden sólo para alcanzar otro espasmo.

¡Pero *ellos*... son... yo! Era yo el que se asfixiaba en la impotencia creativa y que ya sólo iba por otro espasmo. Por ejemplo: aquella noche con Medusina había sido todo tan intenso. ¡Tan significativo! Y el despertar, luminoso y con bizcochitos calientes, era perfecto. ¿Fue cuando apareció el fulano que todo se jodió? ¿Por qué tuvo que aparecer? ¿Quién lo necesitaba en esta historia de dos que se desean con un deseo capaz de abolir el mundo?

Medusina era para mí la promesa de la cura. Sumido en su aura fue que descifré la esencia de mi impotencia. Sólo me faltaba recordar desde los ojos de quién me había visto a Madame Medusa, para entonces sí, dar marcha atrás y borrar, hasta terminar con el problema. ¿Fue por eso, porque me estaba curando, que la historia con Medusina tenía que degenerar? ¿Mi propia imaginación es mi enemigo? ¿Qué tipo de virus es este?

Créaseme que abandonaría con mucho gusto un texto tan retorcido si no fuera porque temo que en él se está jugando algo definitivamente importante. Esto no es un texto, no es una pipa, no es simplemente escritura. Es mi alma lo que está en juego en resolver los enigmas de este

texto. Me siento solo, perdido en medio del desierto, reseco y sin una gota de agua. Tengo que encontrar la palabra clave, la contraseña... o me ahogaré en el mar de arena.

Pero ¿cómo podré encontrarla, si sólo podría estar *antes* de este texto, que comienza cuando *ya* la impotencia está instalada? Pero *antes* no hay, no puede haber nada. Nunca hubo para mí nada *antes* de la primera palabra de un texto mío. Siempre fue axiomático para mí afirmar que mis textos salen de la nada. ¿Cómo podría haber una palabra *antes* de la primera palabra? Si la hubiera *este* no sería mi texto, mi texto sería el que la incluyera.

Veamos... en el principio fue el Logos... Logos, Razón, Palabra... y, como consecuencia, la Creación... Pero sin la Palabra, la nada, la Increación... Nada como darle un aire apocalíptico a los problemas personales. Así por lo menos, si uno no resuelve su problemita, por lo menos encuentra consuelo. Y si uno no encuentra consuelo homologando su problemita con el del mismísimo origen del Todo es que uno es de una soberbia sobrehumana.

Pero ¿es que una relación triangular tiene que ser forzosamente morbosa, decadente, performática? ¿No puede ser una relación triangular apasionada, mordida por la serpiente del Deseo? Si el Deseo es la serpiente que se muerde la cola ¿no puede tener la serpiente dos colas? La respuesta, en principio, sería: No. La pasión deseante es excluyente: *es el lugar del Otro pero no de uno más*.

E pur si muove. ¿Qué es el arte sino el lugar en que es posible lo imposible? Así pues, retomemos. ¿Desde dónde? Creo que la recta vía la pierdo cuando Medusina dice: “Para lo que no tengo respuesta es para cuál de los dos va primero, pero en ese caso habría que ponerse de acuerdo acerca de primero a qué”. Olviden los señores del Jurado haber oído jamás estas perversas palabras. No son dignas.

Es que... en realidad... habría que retomar más atrás. Quizá cuando ella dice: “No me voy a gastar porque me cojan los dos”. Eso está bien. Sin duda, “que sepa abrir la puerta para ir a jugar” está bien. Pero no me sirve ahora, porque aunque lo diga sinceramente, es una invitación a la orgía. Y Deseo y orgía se excluyen rigurosamente. Puede decir cosas así, pero *después*, cuando la pasión, agotada, le deja su lugar al juego.

Digamos que sucedió, sencillamente, así: cuando yo estaba preparando el café el fulano se puso de pie y le tendió una mano. Ella se dejó remolcar en dirección al dormitorio, no sin dejarme un par de cejas arqueadas a manera de excusa. No cerraron la puerta del dormitorio.

Infumable situación. Pensé en irme. Era evidente que el fulano se proponía pagarme con la misma moneda y ella estaba afín. Pero la panza me gorgoteaba. No podía irme sin desayunar.

Medusina soltaba grititos, nada discretos, como de dolor con gusto. Me parecía que eran mensajes para mí, que me llamaba. Fui... ¡No, no fui! ¡No fue así! Quedé como embobado oyéndola. Revolviendo el café con la cucharita, sin apuro Como quién escucha, lejana y confusa, una música muy rara. “Así es como pone el fulano a cantar a Medusina” pensaba. ¡Pero me parecía cada vez más evidente: era para mí que cantaba!

Después él gritó. Más que como si la regara con semen, como si le hubieran clavado un puñal. Y después nada. Silencio. Me dejé ir silencio adentro. Me acerqué. Habían cogido parados y se habían derrumbado sobre la cama. Medio desnudos, medio abrazados, exánimes. La verga piramidal supuraba todavía sobre el muslo de Medusina. Pero de pronto, ya sólo existían mi mirada y la de Melusina, enlazadas. Al fulano, de hecho, ni lo vi borrarse.

Melusina, lenta como en un sueño, fija su mirada en la mía, como si temiera que fuera a desaparecer, terminó de desnudarse, me ofreció su cuerpo delgado y casi tan blanco como la leche. Blanco con pinceladas de rosa. Se acomodó con la nuca sobre las manos y las rodillas separadas. Me desnudé. Me acarician sus ojos pícaros y soñadores de payasa mimosa. “Sos lindo” dice. Le muestro el glande, reventón, hinchado como una fruta madura.

Con dos dedos se abrió la vulva, mostrándome la gruesa lágrima marfileña que la adornaba escurriéndose. Entonces, tarde, con un susurro preguntó: “¿Querés que me lave?”. Negué con el gesto. Estaba fuera de mí. Me coloqué entre sus piernas y le abrí del todo la entrepierna. El lagrimón le humedecía ya el ojal. Mojó la punta de la verga en el rastro de semen y la emboqué en la vulva abierta. Cerré la boca de Medusina con la mía.

Al empujar experimenté otra vez el milagro: la verga de piedra. No se coge hasta que se coge con la verga de piedra. Experimenté entonces la Verdad Absoluta: Medusina había irrumpido en mi vida exclusivamente para esto: para curarme. Abrió los ojos tanto como para abarcar la inmensidad. La idea del baño de mi cipote en la leche del otro anidó en nuestras mentes como una bola de fuego corrupto y sagrado.

Su vientre dulce y suave, hecho de nubes y de algas, surcado por mi gran verga de piedra. Libando mutuamente nuestras salivas, como dos muertos de sed. Nuestras miradas tan cercanas que nos perdíamos en la mirada del otro. Chapoteando mi pétreo portento en el

semen del fulano. ¿Cómo es posible que nunca antes de Medusina haya sabido yo de la verga de piedra? ¿Sólo a mí me la provoca, me pregunté, o también al fulano? ¿O a tutti quanti?

Demasiadas preguntas. Nos abrazamos como si nos fuera la vida en ello, como para dejarnos marcada en el cuerpo la huella del cuerpo del otro. La cama chirriaba, el respaldo golpeaba contra la pared. Un escándalo. Medusina se dio por vencida, se acababa de corrido, incontinente. Música celestial, espero, para los oídos atentos del fulano. Me resistí al orgasmo cuanto pude. Quería conservar para siempre la calentura mágica y la verga de piedra.

Sintió la ola bañándole la matriz, porque me miró con cara de nunca visto. Era la Gran Cogida... me sentí hiperlúcido. Nos mirábamos incrédulos, como si estuviera desapareciendo la gravedad y fuéramos a empezar a levitar. Allá afuera, en el mundo exterior, sonó de pronto Bach para clavicordio, también el silbato de la cafetera. ¡Hambre? O lastrábamos ya o flotaríamos hasta llegar al techo. Nos sentíamos como recién bautizados y casi inmateriales.

El fulano había puesto el desayuno a punto. Comparecimos rodeados por el Aura Mayor, como Cristo al salir del Castillo en *La Edad de Oro*. Comimos en silencio, con apetito francamente voraz. “Tengo que irme, tengo ensayo” soltó Medusina y huyó a encerrarse en el baño. Obcecado silencio con orla de clavicordio. Yo no pensaba hacer nada para romperlo. Todavía me sentía como pisando nubes. Y con la mente en blanco.

Medusina nos miró de reojo cuando pasó en dirección del dormitorio. “Nadie me lleva, no hace falta” advirtió, terminante. Levanté la mesa y lavé la vajilla. Él se cruzó de piernas y encendió un cigarrillo. Medusina reapareció, corrió de uno a otro, besándonos al vuelo en la mejilla, como muy apurada, o tratando de evitarse ulterioridades. “No se pongan así. No da para tanto. No me voy a gastar porque coja con ambos” repitió, tan pancha.

Especie de payasa, nos ofreció su sonrisa pícara, como si fuéramos dos chiquilines enfurruñados. El fulano le preguntó entonces lo que a mí no se me había ocurrido, y que en ese momento comprendí que jamás se me ocurriría preguntar: “¿Y si tuvieras que escoger?”. “No escogería. Me los cogería” contestó al toque, zarpada. El fulano debe de haber puesto cara de orto. Insistió, consoladora: “No se pongan celosos. Casi todo lo tengo de a pares”.

Estoy furioso. La cuadrícula continúa. ¿Qué necesidad tenía de este calvario estilístico? O bien acaba conmigo como escritor o hace de mí uno mucho más cuidadoso, paranoico diría. En medio del flujo imaginativo chequear cada 70 palabras y pico que el paquete cierra bien es

como sostener un castillo de naipes en medio de una tormenta. Olvido por momentos que la cuadrícula fue el truco que me permitió seguir escribiendo pese a la impotencia.

Me siento tan estúpido como una serpiente que se hace un nudo y lo aprieta hasta quebrarse los huesos. Así es como se suicidan las serpientes. Y después dicen que los ofidios no tienen sentido del humor. ¿Quién era que me decía: “Mirá que sos cuadriculado”? Este delirio, sometido sin piedad a la cuadrícula, sería en ese caso, por fuerza, lo más personal que he escrito. ¿Estoy curado? ¿Retornará aquella prosa alada, ligera como polen en el viento?

Recuerdo que escribí uno de mis primeros libros en unas libretas de topógrafo que fabricaba Mosca, de hoja cuadriculada, y tapa muy dura forrada con tela verde, áspera. Tenía la misma impresión que tengo ahora, de avanzar frenado, empujando penosamente un obstáculo. Como si el fluir de la imaginación se estancara en las celditas. Me agotaba no habiendo podido avanzar más que unos pocos casilleros. Terminé cambiando a cuadernos de dibujo.

Dos de mis lecturas más intensas han sido Marcial y Dante. Ambos componían a base de pequeñas unidades cerradas. Obtenían destilados de concisión poética. El latín –natural para uno, formativo para el otro- implica una estética del despojamiento. Componían por completo en su mente cada mónada, antes de bajarla laboriosamente al costoso pergamino. ¿Por qué no hacer lo mismo y ahorrarme horas soportando el parpadeo de la pantalla?

Todo está en habituarme a cerrar mentalmente cada unidad en 70 palabras y pico. Podría así andar por el mundo feliz y contento, metiendo baza en los asuntos ajenos, o dándole vueltas y más vueltas a los propios, mientras, secretamente, iría regando mi plantita. Pero no puedo hacer eso. Está en mi naturaleza que cualquier cosa me distraiga. ¿No fue por eso que me inventé una escritura que fluyera vertiginosa, para no darle chances a la distracción?

Escritura vertiginosa que ahora está por primera vez en cuestión. Sometida a un régimen de marcar el paso en cámara lenta. Sí, mi subconsciente ha cuadriculado mi mente, para evitar que siguiera remando inútilmente en la ciénaga de la impotencia creativa a la que me lanzó Madame Me dusa. Pero ya estoy curado y esperando el milagro del retorno a lo mismo, a mí mismo. Pero ¿volveré igual, o volveré potenciado por la experiencia de la Negación vencida?

Así divagaba, perdido en mis laberintos, mientras miraba, sin verlo, al fulano, que fumaba un cigarrillo tras otro, muy tranquilo, mirándose la punta de los zapatos. O no tenía apuro o no tenía nada qué hacer. ¿Cuántos metabolitos llevo hoy? Ya ni los cuento. Estoy cerca de la

velocidad de crucero. ¿Al alcanzarla se romperá el sortilegio de la cuadrícula? No voy a sentarme a esperar, prefiero disfrutar de este maravilloso día de primavera.

Intento mentis componere: hasta las 40 o 50 palabras controlo, pero ahí me tranca el temor a pasarme o quedar corto. Poco a poco, supongo, iré calculando mejor las distancias, aprendiendo a cerrar el paquetito. Si encuentro las palabras justas, en su cincelada perfección resultan más fáciles de guardar en la memoria, casi como si fueran versos. Desespero por zafar de mi celdario. Por la ventana abierta me llama a gritos la primavera.

¿Cuánto tiempo hace que se fue Medusina? Ninguno de los dos parece dispuesto a romper el silencio. He bebido otra taza de café y él ha fumado otro cigarrillo. No parece mal tipo. Mucho control, mucha paciencia. Y Bach no es mala recomendación, casi nunca. De todas maneras, lo que sea o deje de ser no es mi problema. Es el problema de Medusina. Él es su pareja. Seguramente que me tolera porque sabe que Medusina cura y que estoy en terapia.

¿Es este el momento adecuado para presentar con más detalle al fulano? Corte de pelo retro: poco pelo por abajo, bastante por arriba. Boca carnosa, obscena, imposible imaginarla sino chupando algo. Es más, tiene un tic de succión en la boca, que disimula como puede. Ojos de mirada blanda, sumisa. Temblor en las manos que sólo se nota cuando levanta la taza de café. Me pregunté qué en él atrae a Medusina. Algo debe de tener.

Lo cual me lleva a preguntarme qué ve en mí. Quizá la sedujo esa manera mía de irme al humo con las mujeres, la estrategia de acoso absoluto, de no dejarlas pensar. Quizá la tomó por deseo imperioso, seguridad o arrogancia, todas opciones que, como se sabe, seducen a las mujeres. Ahora bien: ¿con qué intención nos dejó solos, cara a cara, después de semejante cruce de intimididades? Soy así, preferiría no preguntar mucho, pero pregunto demasiado.

-

Dos cosas me parecían claras: que la situación era igual de incómoda para ambos, y que ninguno de los dos la habíamos buscado. Me equivocaba. “Evangelina es mi hermana” dijo entonces, letra por letra, como si me lo dictara. Me desconcertó. ¿De quién hablaba? ¿A qué venía esta Evangelina que gozaba del privilegio de ser la hermana del fulano? Pregunta ociosa, pero que iluminó mi cielo mental con la luz más tenebrosa.

Por ahí pudo haberse disparado este texto, seguramente que con viento en popa. Siempre que irrumpe el incesto, con su halo trágico irrevocable, se puede estar seguro de navegar con todos los trapos desplegados. Como en *Lástima que seas una puta*, por supuesto, o en

Chinatown. Sólo que no es el caso... No va por ahí la cosa. Nada invalida la opción, por cierto, pero no es por ahí que este arabesco decanta. No sé por qué... pero no.

Este texto se sacude tanto que se le van cayendo los descartes como revoque reseco, o como se deslizan por un agujero en el bolsillo las moneditas de a peso. De manera que no, no me hizo esa revelación apenas quedamos solos. Lo que dijo, pomposo pero sin énfasis, mientras dejaba caer la ceniza del cigarrillo directamente al piso y yo pensaba en obligarlo a recogerla con la lengua, fue esto: “Estaba, pues, escrito, que se mezclaran nuestros sémenes”.

No puedo dejar de señalar la grosería en que incurre el fulano, en tanto personaje, al plagiar alegremente una frase hija de mi ingenio y puesta en boca de otro personaje páginas atrás. El plural “sémenes” nadie lo utiliza nunca. ¿Debo cederle mi invención en pro de la convivencia pacífica en lo que quede de este texto? ¿O debo exigirle que tenga la mínima dignidad de parecer original exhibiendo los frutos de su propio esfuerzo?

Que juzgue el lector si la repetición fue distracción del autor o patanería de su personaje... “No se preocupe, hoy es el día que viene la limpiadora” dijo, refiriéndose a la ceniza y dejando en claro que en el apartamento de Medusina él jugaba de locatario. Después agregó, casual, pero haciéndose el misterioso: “Habrá notado que mi semen es frío...”. Vio que no me hacía gracia su observación, pero igual agregó: “...aunque huele muy bien...”.

Estoy consciente de que rara vez dos extraños se ponen a conversar las peculiaridades de su fisiología sexual. Tal opción exige un sequitur acorde, cuya verosimilitud no necesariamente resultará satisfactoria. Puesto que en general evito deambular por las cornisas con los ojos vendados, he releído mis últimos metabolitos con no poca desconfianza. Tendré que andarme con pies de plomo. Pero siempre se puede dar marcha atrás. Lo imaginación es reversible.

“Además es abundante...” soltó con la parsimonia de un buen provocador. No comprendí en qué consistía la provocación. ¿Por qué debería provocarme que su semen fuera abundante y fragante aunque un poco frío? “La próxima invertimos los turnos si te parece” propuso tuteándome. “¿O te gusta venir después?”. Sentí una mezcla de desazón y de disgusto. Ganas de ya no tener nada que ver con el tipito.

No sé si me gusta acabar sobre acabado. Fue mi primera vez. Y no sé si me molesta realmente la promiscuidad. No soy puritano. Pero el tipo de franqueza, por no decir de promiscuidad mental, que el fulano me ofrecía, me repugnaba. ¿Pero por qué, si la crudeza con el lenguaje

es básica en mi escritura? No sé por qué. Está en mi naturaleza ser contradictorio. Pensé en mandarlo a la mierda, pero intuí oscuramente que si lo hacía, perdía a Medusina.

“Cada uno por su lado y suerte en pila ¿no te parece?” propuse, cauteloso, esbozando una sonrisa buena onda. “Como quieras” respondió, encogiéndose de hombros y soltando otra lluviecita de ceniza. Y agregó: “A mí me sirve igual”. “Bárbaro” aprobé, dando todo por dicho y acordado. “Faltaría saber lo que ella quiere” siguió, levemente burlón. “Es decir: yo sé lo que ella quiere, falta que lo sepas vos” concluyó, didáctico y no menos buena onda.

Touché. Tragué saliva. Me dije lo que me digo cuando me siento desconcertado: que las cosas son lo que son y no lo que uno desearía. “¿Dónde la conociste?” arranqué, barajando de nuevo. Se encogió de hombros, como si fuera obvio: “En un boliche”. Y agregó: “¿Sabés que canta?”. “Vi partituras... ¿Qué canta?”. “Tangos”. Ningún tipo de música, que yo sepa, me gusta menos que el tango. Ni las rancheras. “No más datos, pensé, prefiero mis fantaseos”.

¿Qué demonios podía gustarle a Medusina del fulano? Era, en realidad, un tipo enredador y pusilánime, aburrido a fuerza de guita, y potencialmente dañino. Sólo podía gustarle de él esa peculiaridad que él sugirió que compartían, sin nombrarla. Así pues ¿tendría que fumármelo? ¿Y sólo por turnos? ¿O tutti insieme? Eso sí que no. Lo de los turnos, como en un quilombo de campaña, vaya y pase, si no hay más remedio. Pero revueltos, no. Antes... antes... ¿antes qué?

Sacó una petaquita. La destapó y me la ofreció. La acepté. ¡Qué demonios! No tomo de mañana, pero en ese momento estaba necesitado de un poco de chispa, porque evidentemente aquel tête à tête no había terminado y seguramente traería más sorpresas. Me eché un trago y la devolví. El alcoholazo se me subió a la velocidad de un cohete, y desde allá arriba tuve de inmediato una visión más clara de las cosas.

Medusina me había dejado en manos del fulano para que negociáramos. Para que nos pusiéramos de acuerdo. ¿En qué? Sentí que poco a poco me iba hundiendo en su sancocho. Peor: sentí que, como la liebre cara a cara con la serpiente, iba perdiendo toda voluntad de huir. Me eché un segundo trago. El fulano respetaba mi silencio. Intuía que quizá, poco a poco, yo... ¿Y por qué no? ¿Estaba acaso dispuesto a perder a Medusina?

La verdad es que, una vez que se ha experimentado la verga de piedra... ¡eyacular con una verga de piedra!... es muy difícil que uno se resigne a perderlo. Sobre todo cuando resultaba ser el antídoto contra la página en blanco. Mientras no pudiera sacarme de encima semejante

axioma, Medusina y su fulano harían conmigo lo que se les antojara. A saber qué... Pensé en saltarle al cuello al patán, y en darle tal paliza que ni se le ocurriera reaparecer.

Sentirse jaqueado, sin opciones, desata las peores furias. Sin embargo, aunque hubiera decidido saltarle al cuello, no hubiera podido. La energía había huido de mi cuerpo. Cada brazo me pesaba una tonelada. Apenas podía pensar. Los pensamientos se abrían camino en mi mente como navegando en un mar de gelatina. La sonrisa del fulano se acentuaba. Adivinaba lo que me pasaba, y lo divertía. Dejó caer el pucho y lo pisó.

Traté de protestar, pero la voz, que resonaba en mi cerebro, se resistía a escurrirse por mi garganta. Entonces, adivinando que me tenía en sus manos, el fulano descruzó las piernas, abrió la portañuela de su pantalón y aireó su verga. Erecta tenía -como dije- ese diseño piramidal –muy ancha en la base pero con la cabeza redondita y pequeña como una canica- que, según he oído, provoca fanatismos. Sólo recuerdo haber visto una similar, en un porno.

Creo que no me estoy repitiendo. Esta descripción de los genitales del fulano la hice antes, pero en un pasaje que de inmediato encontré morboso y decadente, y que, por consiguiente, de inmediato descarté. El lector me agradecerá que le recuerde ese otro pasaje, confirmándole su buena memoria sin necesidad de retroceder en el texto. La memoria interna de la lectura sólo no funciona cuando se lee en estado de distracción.

El fulano se la acariciaba con el gesto mecánico con que se tranquiliza a un gallo de pelea impaciente por saltar al ruedo. ¿Me habría echado algún inhibidor de la voluntad en el café? No es que no pudiera, ni siquiera quería ya patearle los dientes. Aplastado como un flan, con la boca hecha agua, esperaba yo que ocurriera lo inevitable. Y lo inevitable, precisamente porque es inevitable, como suele suceder, sucedió. El fulano se puso de pie. En cámara lenta.

Surco las cuadrículas con mayor velocidad y lo hago con menor esfuerzo. ¿Estoy haciendo algún tipo de trampa? Hecha la ley, dicen, hecha la trampa. ¿Será que más arriba en el texto las entradas eran más redonditas? ¿Será que me vengo ocupando sólo de la velocidad y del conteo, y menos del espíritu perfeccionista? Sólo se aprendió a desconfiar, y sólo se desconfía exhaustivamente, cuando se desconfía de sí mismo.

Ofrezco como prueba irrefutable en contra de esta sospecha el virtuosismo impecable con que he dejado al fulano recorriendo en cámara lenta, el puntiagudo ariete por delante, los pasos escasos que le separaban de mi pasiva espera. Claro está que, puesto a sospechar, sospecho

de todo. ¿Por qué puse una pausa ahí precisamente? ¿Es que otra vez objeto el derrotero al que el viento me ha arrojado, soplando donde quiere?

Pero ¿qué estaría objetando? ¿Que la historia con el fulano me aleja de Medusina? No es así. El fulano depende de Medusina, opera dentro del aura de su magia. Su deseo es el deseo de Medusina. Como también lo es el mío, inevitablemente. De manera que, cuando el fulano me acerca su diseño piramidal en muda invitación o muda exigencia, ambos, o los tres, o los dos y yo, sabemos sin necesidad de más explicaciones, que somos cómplices en el mismo deseo.

Me concentro en la mamada, en abstracto, borrándolo a él de mi mente. Me concentro en el cuerno, que se ensancha y se ensancha a medida que lo ingurgito. ¡Demonios! Al soltarlo es como si se escurriera, como si huyera de mi boca. Me fuerza los labios y después me deja silbando finito. Extraña gimnasia bucal, bastante ridícula, parecida al boquear de un pez en el agua. Pero de la que no puedo zafar. Todo lo que quiere es cogerme la boca hasta acabar.

Y bien, sea. Puesto que me ha tomado de la nuca, lo tomo de las nalgas. Me entrego blandamente a su urgencia. Y acaba. No poco, y frío, como recién sacado de la heladera. Me obliga a mirarlo a los ojos. “Qué sorpresita...” dice zumbón, baboso, y jadeando un poco. Me sigue cogiendo, pero con la mirada. Lo dejo hacer. O, mejor dicho, no puedo evitarlo. Es intenso. Le entrego mi mirada. Se inclina un poco y me palpa el bulto.

“¿Qué me vas a hacer con esta cosita?” inquiera, incurriendo en retórica de pederasta, y masajeando lo que ya no necesita masajes. “¿Querés dármela?” pregunta mimoso. “Es larga...” dice tragando saliva. “Más larga que la mía...” insiste, recorriéndola. “Y cabeza...”. Con dedos nerviosos la libera retirando el capote. Deja caer un hilo de saliva sobre la piel pulimentada del glande, casi mismo en la boquita abierta. “Con razón la muy zorra...” gruñe, casi sin voz.

Atacado por la urgencia rebuscó en el tocador de Medusina, se sacó el pantalón y, en cuatro sobre la cama, se untó el culo. Se la clavé. Desde hacía tiempo ya no le dolía ni un poquito. “Hijo de puta” susurró, saboreando el agravio. “Dame fuerte” exigió. Le di como para sangrarlo. “Más. Merezco el castigo” gruñía, insatisfecho. Estuve al borde del nocaut en poco tiempo. La putería desenfrenada termina por calentar el ánimo más morigerado.

“Esperá” gritó de pronto, y saltó fuera de la cama. Del pantalón sacó los cigarrillos. Estaba tan loco que a duras penas pudo encender uno. “Tomá” dijo, dándomelo, tan imperativamente que lo agarré. “No fumo” protesté. “Callate, boludo” masculló y poniéndose otra vez en cuatro

metió una mano entre sus piernas, atrapó mi verga y se la embocó. Culeó hasta estar bien clavado. Entonces se sacó la camisa y la musculosa que tenía debajo, y comprendí.

Tenía cicatrices chiquitas en la espalda, como de forúnculos. “Quemame” ordenó culeando con energía. “Quemame, zoquete” escupió por encima del hombro. Culeaba con más y más fuerza contra mi vientre. Lo quemé. Gimió de puro gusto. Sonaban sus nalgas contra mi vientre. Sudaba a mares, goteaba sobre la cama. “Otra vez” gruñó. Tuve que hurtar un poco el cuerpo para que su desenfreno no terminara por producirme un esguince de verga.

“Apagámelo encima” ordenó. Lo hice, apretando el pucho como para perforarle hasta el hueso. Gritó. Yo no aguantaba más. Tenía que acabar con aquello, y la única manera de acabarlo era acabar. Me hubiera ido sin más de no descubrir, por un manotazo casual, que el cabrón estaba otra vez erecto. Atrapé la pirámide. Difícil de empuñar. Calzaba mal en la mano. Los espejos son perversos. El de junto a la cama me sopló una idea.

Pasé un antebrazo por debajo de su cuello y tiré de él hasta que tuve su espalda contra mi pecho. Entonces, con la otra mano, me puse a masturbarlo. Difícil de masturbar. Por momentos me parecía que su verga puntiaguda desaparecía en la palma de mi mano, que la perdía. Atrapado por el cuello, se dejaba hacer como si fuera un cuchillo lo que tenía en la garganta y lo estuvieran violando. Pero la torpeza de mi mano le encantaba.

Estrujé su glande tipo bolita, con saña, como para arrancárselo. Gritó otra vez. Colgado de mi mirada como de un anzuelo, atrapado en la jaula del espejo, me parecía a mí -no sé por qué, por una especie de furor contra él que contraje en realidad sin motivos-, me parecía, digo, así, estirado, abierto, entregado, inerme, un animal sacrificial al que debía apuñalar en el corazón para luego degollarlo de oreja a oreja. Era, probablemente, lo que él mismo imaginaba.

Apreté la llave alta como para quebrarle el cuello. Se amorató su rostro. Sentí cómo su cuerpo vibraba gozando la inminencia de la anoxia. Su mirada se disolvía en la nada. Le acabé en el fondo del culo. Manoteó mi mano para obligarme a apretarle la base del tallo y lanzó un chorro que, al volar por encima de la cama para ir a pegotearse en la luna del espejo, me pareció lo suficientemente rosado como para inquietarme.

Un solo gran goterón y eso fue todo. Como si hubiera expulsado, redondita, el alma. Lo empujé, derrumbándolo sobre la cama. De cerca vi que la baba grisácea que se deslizaba por el espejo tenía trazas de sangre. “Tenés sangre en el semen”. “No importa” ronroneó, borracho

de sensualidad. “¿Cómo que no importa?”. “Me pasa si acabo tres veces seguidas” explicó. “No estoy enfermo”. “Ponete en mi lugar. ¿Me creerías?”. “No” dijo riéndose. “Pero te lo juro”.

Vistiéndome pensé que no iba a ser nada fácil si tenía que pagarle al desaforado con la misma moneda. Yo también estoy bastante pasado de rosca, pero no tanto. En ese momento llegó la limpiadora y se acabó la fiesta. En realidad, lamento el episodio con el fulano. Fue más bien desagradable. No sé por qué me dejé llevar. Como si fuera Medusina misma la que me lo exigiera. ¿Y no era así? No lo sé. O sí lo sé. Ese, incomprensible, pero era el pacto.

El personaje Medusina no acaba de cuajar. No están claras aun sus coordenadas. Sigue abierta. La intuición, en lo que la concierne, se puede equivocar, descarrilando todo el tren narrativo. Para Medusina me inspiró una damisela encantadora... a la que sólo conozco de vista. Me quedé en lo exterior, en su fisionomía, en su misterio. Tengo que ir en busca de Medusina... sin dar marcha atrás. No puedo seguir borrando con el codo lo que escribo con la mano.

Medusina... zarpada, hipnótica, oceánica, enigmática... Volví esa noche y no me esperaba. Por el intercomunicador dijo que estaba agotada, que había estado de ensayo el día entero. “¿Estás sola?” desconfié. Se hizo un silencio. Sudé. “Vení, subí” cedió finalmente, calculando, temiendo quizá, que no le creería. Suspiré tan aliviado que no pude evitar sonreírme. “Primero voy a buscar algo para cenar” propuse. “Milanesa con rusa” pidió. “De aquí a la vuelta”.

Estaba en pijamas y, la verdad, tenía ojeras. Estaba flojita como una muñeca de trapo. Se dejaba mimar y respondía con mimos. Servicial al mango, yo me ocupaba de todo. Había dormido toda la tarde. Puse la mesa, exprimí naranjas. “Al mío echale un chorrito de vodka” pidió. Estaba tan cansada que suspiraba después de cada bocado. Me daba ternura verla tan flojita. Ganas de protegerla, como a algo indefenso, y frágil. Es amor, pensé.

Le ofrecí lavarle los dientes. Me regaló su sonrisa de payasita tristonera. Se metió en la cama y se acurrucó, con las manos unidas bajo su mejilla, como un angelito. Su respiración se fue haciendo más pausada. Vestido, me acosté sobre la cobija, a su espalda. Ronroneó. Olí su nuca, embriagador aroma. Estaba, por supuesto, en erección. Just for the record, sin intenciones, le hice sentir, a través de las cobijas, la dureza de mi amor.

“Papi...” susurró. ¿iPapi!? ¿Cómo que “Papi”? ¿Ya nos deslizábamos hacia la vulgaridad? Y agregé, como hablando dormida aunque sonando pícaro: “Haceme lo que quieras”. Yo me hubiera dado por satisfecho con haberla alimentado, con lavarle los platos, mirarla dormir y

dejarle, al irme, una cartita mimosa. Respiré otra vez el aroma de su nuca. Pero esta vez me pegó duro. Era el aroma de la presa cuando el tigre le muerde el cuello.

Me desvestí, sin apuro, aunque la tenía tan dura que me dolía. Tiesura semejante sólo se alivia con un capricho. Con la crema de manos de Medusina me embadurné completamente la verga, hasta por dentro del capuchón. Le quité a medias de encima la cobija, hasta la altura de las nalgas. Fingió protestar. Pero cuando le bajé el pantalón ofreció la grupa cuanto pudo, declinando así la última posibilidad de exigir respeto para su descanso.

Podrá parecer guarango pero sus nalgas me parecieron tan delicadas, tan dulces, que estuve a punto de caer de rodillas para besuquéarselas, abandonando, si fuera necesario toda ulterioridad. Pero entonces su manita salió de debajo de las cobijas, deslizándose sobre su piel, sutil como un pensamiento, o como una serpiente tentadora, y, llegando a la hondonada, me abrió el camino, dejándome ver con meridiana claridad que, en realidad, queríamos lo mismo.

Abundantemente lubricado, apoyé el índice sobre el orificio apretado y trigueño, inocente de todo vicio. El anillo resistió... lo suficiente como para imaginar que era de estreno. Al profundizar la intrusión su mano se posó sobre la mía, exigiendo paciencia. El olor dulzón, a sueño, de su nuca me serenaba y me moderaba. Ya con todo el dedo dentro, soltó mi mano y empezó a relajarse. Mía era su virginidad. La había abierto allí donde nadie antes.

Estaba... debo decirlo... emocionado... ebrio de amor... enamorado... aquella era nuestra noche de bodas. “¡Mía...!” le susurré en el oído. Se aflojó del todo, entregada. En ese momento hubiera preferido ser una bestia feroz, y devorarla. Me pregunté cómo podía tener el culo virgen cogiendo con un morbosos como el fulano. Encantador enigma. Insinué meter también el dedo medio. Gimió. Giró la cabeza, adelantó la boca y dijo: “Besame primero”.

La besé, babeándome hasta la bobera. Entre labios y pelo articuló: “Ahora”. Deslicé entonces el índice junto al medio. Vertió en mi boca un gemido muy marica. Estuve a punto de abandonar el campo. Estaba, repito, enamorado. Su voluntad era la mía. Respiró hondo, despacio, para aflojarse. Seguí adelante. De pronto el ojetete se abrió, súbitamente ávido. Ya no había vuelta atrás. Le trabajé el culo con el doble gancho hasta que, de puro floja, ondulaba.

Hurgándonos las bocas con las lenguas nos babeábamos como dos retardados mentales. Me parecía que, lamiéndome la lengua, con aquel babeo torrencial, Medusina alimentaba mi deseo de seguir adelante con el ultraje. “Siento como si me estuvieras marcando... como se

marca a una vaca, a una yegua” susurró, líquida, dentro de mi boca. “¿Te gusta?” pregunté. Tardó, jadeó. “Me gusta, mucho”. La erección me dolía tanto como si estuviera por partirse.

Con el culito abierto como una boquita hambrienta, emboqué la verga y descargué mi peso sobre sus nalgas. Gritó, pero creo que por la impresión, o de puro entusiasmo, no porque le doliera tanto, ya que me deslicé culo adentro gloriosamente y por completo. “Dios bendito” la oí musitar, como una mártir iniciando su última plegaria. “¿Querés que lo saque?” pregunté solícito. Removió las caderas como para verificar cuán perfecta era la cópula.

“Tocame” pidió. Deslicé una mano debajo de su cuerpo y atrapé al animalito calvo. Tan dócil, tan indefenso. Le hubiera retorcido el gañote hasta ponerlo a chillar si por mí hubiera sido. Me contuve. Le di amor del lento y profundo, y masajé su joyita tan delicadamente como pude. “Así” susurraba ella. “¿Así?” insistía yo. Pero ¿cómo pudo ser posible que esta diosa libertina preservara la dignidad de su ojeté... para mí?, me preguntaba. No podía creerlo.

Levantó las nalgas facilitándome un poco más ambas tareas. “Mujercita...” susurré sobre su nuca. Hubiera querido decir “Mi mujercita” pero me dio vergüenza ponerme tan meloso. Desflorar a mi mujercita en nuestra noche de bodas... ¿se puede pedir algo más sublime? La intensidad del sentimiento ponía alas de picaflor en las yemas de mis dedos y en la punta de mi verga. De su garganta brotó un chorro incontenible de colores y modulaciones.

Aun hoy cierro los ojos y oigo su canto delicioso recorriendo todas las escalas, ya no del placer, sino del Goce, así, con mayúsculas. No voy a olvidar su lamento sublime, en toda mi vida. Completamente acabada musitó: “Mi amor”, y giró la cabeza para mirarme, sacándose el pelo de la cara. Yo también había acabado, pero seguía con la verga intratable. Se la saqué del culo y nos abrazamos plenamente. Nos sumimos en un beso sin tiempo.

Con el abrazo la tiesura quedó apoyada contra su vientre. La empuñó. Mirándome a los ojos dijo: “No puedo más”. “No importa” le dije, sinceramente. Pero de pronto, aunque me miraba a los ojos, no estaba viéndome, porque su mano, muy pero muy despacito, empezaba a meneármela. Me entregué blandamente. Estaba tan sensible... tan a flor de piel... tan entregado... no iba a costarme nada cruzar otra vez la línea del espasmo.

La mano dulce de Medusina, su boca de payasita, su mirada diluyéndose casi en el sueño. Sería un orgasmo seco, quizá, pero ya me venía. “Para vos, mi amor” dije sin voz. No supe más. Soñé que derramaba olas de semen sobre su mano. En medio de la noche desperté, tan lleno de

energía como para trepar a la luna de un salto. No soy un tipo invasivo. Intuí que, después de tanto, ella agradecería despertar sola aquella mañana.

Bebí agua antes de salir. Parado frente a la piletta de la cocina, pensé en el fulano, quizá porque él se veía más a su aire en el apartamento. Eso, por ahora, pensé. Quizá se aparecería por la mañana. A echar un tempranero. No sentí celos. Después de lo vivido esta noche ella era mi esposa en mi corazón. Y el tipo, ahora, después de lo vivido con él, francamente me caía... menos mal. Decididamente no sentía celos.

Mi sentimiento de felicidad era tan fuerte que incluía al fulano. De manera que, de estar ya aprobado el matrimonio de tres seguramente hubiera yo propuesto que nos casáramos. Pero... había una mosca en la sopa: el tango es mi música de mala suerte. Por algo le tengo tanta tirria. Y el caso es que, inevitablemente, me vine a enterar que Medusina no solo canta tangos... ¡Canta tangos brasileiros! No pude con eso.

Poco a poco me fui alejando, fui enfriándome. No hicieron demasiado drama. Terceros van y vienen. La verdad es que ni llegué a darles mi número de teléfono. No me atreví a pedirle a Medusina que hiciera una terapia para eliminar por lo menos el componente brasileiro de su arte tanguero. En fin... no importa, lo que verdaderamente importa, es lo que ustedes podrán comprobar: que zafé del sortilegio, de la cuadrícula. De eso estoy casi seguro.

Septiembre – Octubre, 2014.

Corregido en noviembre 3023.